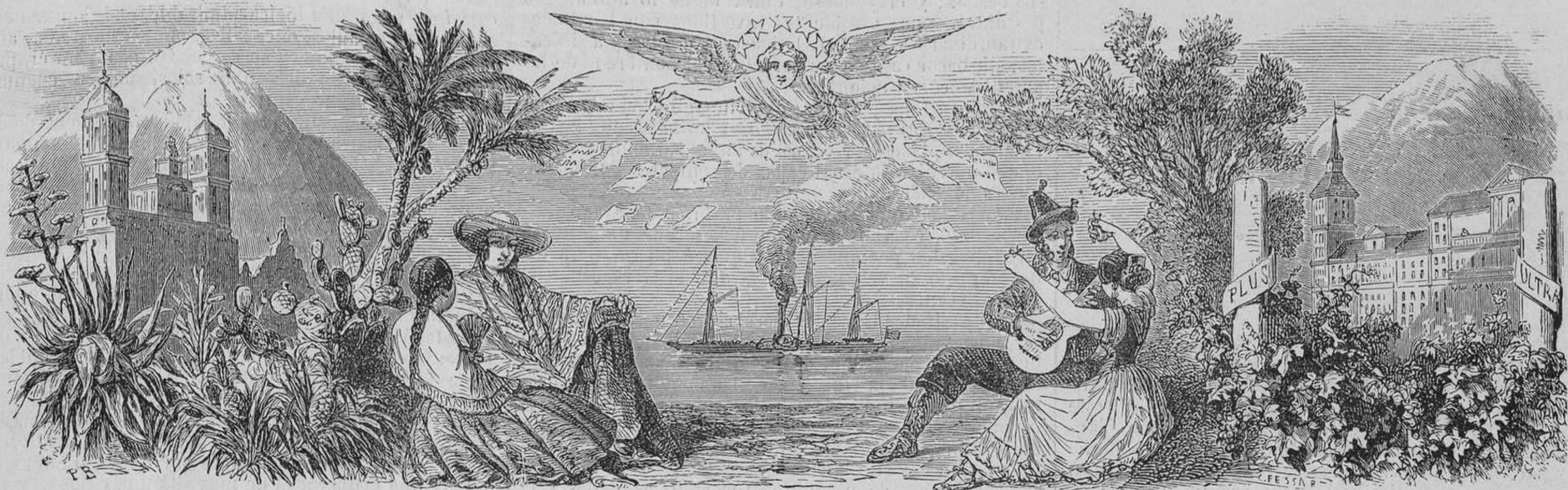


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — TOMO XXXII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 27. — N° 812.

SUMARIO.

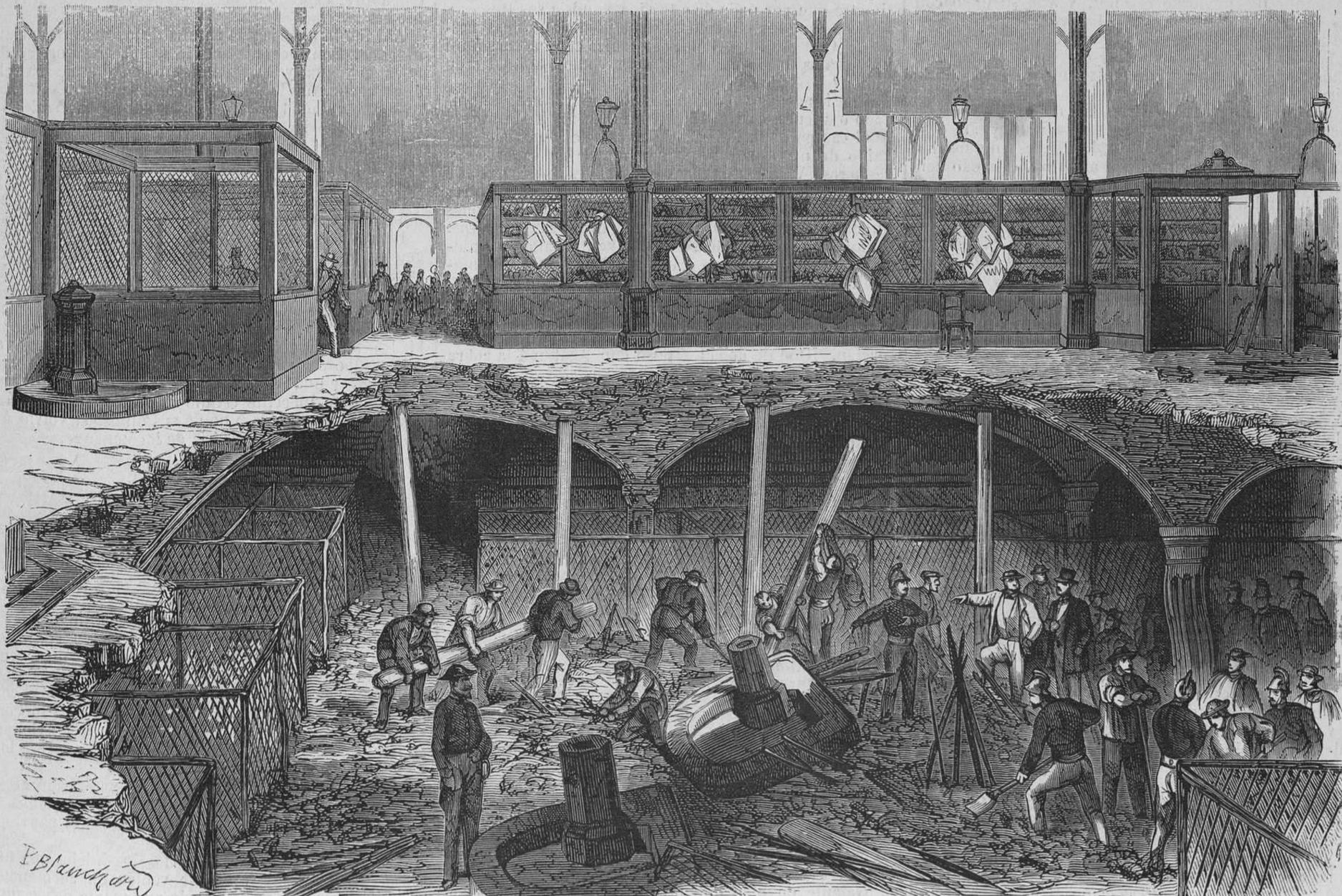
Incendio en los mercados de Paris; grabado. — **Cuadros de costumbres guatemaltecas.** — **Una escala en Guayaquil;** grabados. — **El atajo del Escalda;** grabados. — **Revista de Paris.** — **Expediciones al Polo Norte.** — **La reina Mohely;** grabados. — **Nuevas maniobras en el campamento de Chalons;** grabados. — **Laurac bat.** — **Correspondencia de Londres;** grabados. — **Debe y haber.** — **«Los Pescadores,»** cuadro de Boucher; grabado. — **Problemas de ajedrez;** grabado.

Incendio en los mercados de Paris.

Los mercados centrales, que por la ligereza de su construccion y sus columnillas de hierro parecian estar al abrigo de los incendios, han sufrido danos considerables en la noche del 10 de julio, causados por el fuego.

Con efecto, en la noche de ese dia, á cosa de las nueve, se declaró un incendio en los sótanos del pabellon destinado especialmente á la venta de manteca, huevos y queso. El fuego, alimentado por la paja de los cestos y algunas cantidades de manteca, hacia rápidos progresos, y desgraciadamente no era muy posible penetrar

en los sótanos cuando se tuvo noticia del siniestro. Las verjas del pabellon que caen á la calle de Pierre Lescot estaban rojas de calor, los ladrillos candentes, el asfalto derretido, y los cristales estallaban. Finalmente, una espesa humareda compuesta de paja quemada y manteca derretida permitian con dificultad bajar á los sótanos. Era de temer una catástrofe mas terrible; las casas inmediatas y los demás pabellones podian volar si llegaba á producirse una explosion en los diferentes tubos de gas. Era preciso por consiguiente hacerse dueño de los contadores situados precisamente cerca del foco del incendio. Ochenta bombas habia en movimiento.



PARIS. — Incendio en los mercados. — Aspecto de los sótanos despues del hundimiento de las bóvedas

El fuego no se extinguió completamente hasta las cuatro de la madrugada. Se valían las pérdidas en mas de un millón de francos, y muchos vendedores han perdido cuanto poseían.

Hubo algunas desgracias personales. Murieron dos bomberos y fueron heridos ocho mas, recibiendo igualmente heridas de poca gravedad un gendarme, un jornalero y una mujer. Uno de los bomberos muertos, el llamado Hartman, deja cuatro hijos. H. V.

Cuadros de costumbres guatemaltecas,

POR SALOMÉ GIL.

(Continuacion.—Véase el N° 811.)

I.

La plaza, las calles, y los callejones de Jocotenango han recibido su visita de la policia, anual como la feria, transitoria como ella y como todas las cosas de este bajo mundo. Las paredes (donde las hay) están blanqueadas; los poéticos cercos de *chichicaste* (donde no hay paredes,) han visto caer sus vigorosos retoños, dejando libre el rústico sofá que cubre un tapiz verde, principio de vegetacion que se llevan á sus casas, pegado á los trajes, los que tienen la fortuna de disfrutar de la comodidad de esos bancos.

Los árboles... los árboles son los únicos que están siempre iguales, y sospecho lo estarán hasta la consumacion de los siglos.

Mas de una hora permanecí el día 15 bajo la sombra que proporcionaba uno de esos ancianos respetables, de la cual disfruté yo, pobre pedestre, en compañía de un coche, cuatro caballos con sus correspondientes jinetes y una mesa, almacén portátil de golosinas. Tuve el extraño capricho de entablar un diálogo con aquel vegetal, ya fuese porque algunos hombres hemos de charlar hasta con las plantas, ya porque van haciéndose muy raros los individuos del *reino humano* con quienes puede tenerse un rato de conversacion instructiva y agradable.

Pasados los cumplimientos de estilo, y el obligado « ¡cuánto há que no nos vemos! » yo, que procuré ser bien criado hasta con los árboles, estuve buscando circunloquios y precauciones oratorias para preguntar á mi amigo su edad y su nombre.

El pícaro viejo contestó á lo primero con una alusion histórica á uno de nuestros últimos capitanes generales del tiempo del gobierno español, y á lo segundo con una descripcion científica. No habiendo entendido ni una ni otra, me propuse pasar el caso en consulta á cualquiera de los muchos sabios que tenemos, algunos de los cuales no dejarían de andar aquel día viendo la feria.

En seguida me refirió mil detalles curiosos de mas de cincuenta *quince* de agosto que habia visto pasar; describiéndome los trajes antiguos, los coches antiguos, los hombres antiguos, las mujeres antiguas, el modo con que aquellos cortejaban á estas en la feria antiguamente, en lo cual no hallé grandes diferencias con la moda actual, aunque él como buen viejo, declaró todo lo moderno detestable; dijo que éramos, en todo y por todo, unos farsantes, unos malos imitadores de los usos y costumbres de otros tiempos, citándome como ejemplo la *crinolina*, que dijo ser una exageracion del *tontillo* de sus mocedades.

Para poner término á la charla insustancial de aquel anciano descontentadizo, le pregunté cómo estaba tan descuidado y feo en un día de tanta concurrencia; qué habia sido de algunos de sus compañeros, cuya falta estaba ya notando desde algun tiempo todos los años, y por qué no se les reponia con árboles jóvenes.

Un ligero murmullo, como de impaciencia, fué la única respuesta que obtuve, y viendo que no podia sacar una palabra mas á aquel caprichoso vegetal, me despedí de mi amarillento y descuidado interlocutor y fui á mezclarme en la barahunda de la concurrencia.

II.

La plaza y la calle principal de Jocotenango presentan el espectáculo mas animado y pintoresco. Millares de personas de condiciones diversas y de trajes tan diferentes como sus condiciones, se empujan unas á otras y apenas dejan espacio suficiente para que puedan abrirse paso individuos de menor volumen que el mio. Las vendimias se ostentan por todas partes en ordenado desorden, bajo las anchas *sombras de petate*.

Aquí las mesas cubiertas de vasos y garrafas de *agua loja*; allí los dulces, ofreciendo á las moscas gratuito y espléndido banquete; acá las delicadas tunas de Panajachel; allá las sabrosas camuesas de Totonicapam; los zapotes, los pepinos, las naranjas; la *chancaca*, la *pepitoria*, y las *rapaduritas*. Todo se ofrece abundante y barato á los aficionados, menos las nueces de Momostenango que este año están tan escasas como el dinero y como el buen sentido.

Pero la sociedad puede ir pasando sin dinero, y el sentido comun no hace una falta muy notable, que digamos. Las nueces es cosa diferente. La feria de Jocotenango sin nueces, es un cuerpo sin alma, una niña sin camisa garibaldina, una república sin revoluciones.

A medida que adelanta el día, la concurrencia crece. Los carruajes van y vienen abriéndose camino con dificultad por entre la masa compacta de gente de á pié y de á caballo que lo ocupa todo. Los cocheros aguijan sus bestias; y creyéndose, quizá desde lo alto de sus pescantes, unos presidentes vestidos con facultades extraordinarias, sacuden latigazos á diestra y á siniestra, sin hacer caso de los derechos del hombre ni de las garantías constitucionales.

El calor es insoportable; el viento gira bajo la razon social de *Aire, polvo y compañía*; millares de pitos de Patzum, soplados por vigorosos alientos infantiles, producen un ruido infernal capaz de romper los tímpanos menos delicados.

Damas elegantes cabalgando en briosos alazanes (estilo figurado) pasan y vuelven á pasar de un punto á otro, sin saber por qué ni para qué, á no ser para tener el gusto de ver mas y mas aun la satisfaccion de que las vean.

Hábiles jinetes tienen la peregrina ocurrencia de *sacar plumas* en medio del gentío, olvidándose de que pueden sacarle á uno, de paso, el ánima del cuerpo. Los chalanos de la ciudad y de los pueblos circunvecinos van y vienen en sus caballos, que desaparecen bajo las anchurosas albardas y los abultados pellones. Algunos caminan como he leído no sé dónde lo hacian los templarios, dos en un caballo.

Escuadrones de chiquillos recorren las calles y la plaza, sobre rocines mas ó menos *metafísicos*, llamados vulgarmente *liras*, ostentando la alegría expansiva y candorosa de su feliz edad. De cuando en cuando una figura extraña del uno ó del otro sexo, de á caballo ó de á pié, tiene el privilegio de ocupar por diez minutos la atencion de la concurrencia.

Un coche que se rompe, un mal jinete que compra el terreno, una ligera camorra que se suscita por cualquier motivo y acaba de cualquier modo, esos son los acontecimientos notables que interrumpen la uniformidad del espectáculo.

III.

Entre tanto, ¿dónde está la feria? ¡Oh, la feria! la feria es para la mayor parte de la gente que va á Jocotenango una cosa secundaria, un pretexto para reunirse, y nada mas. ¿Qué importan los bueyes á esa desdenosa belleza que atraviesa el gentío recostada en el fondo de su carretela? Si se vendiera alguna otra cosa...; ¡pero bueyes!

¿Qué tiene que ver con los muletos ese elegante petímetro que por nada de esta vida pondría sus frescos y limpios guantes en contacto con esas inmundas bestias? ¿Qué nos importan los animales con cuernos á mí y á tantos otros como yo, que somos animales de pluma?

No así, por cierto, á don Agaton Cuernavaca, hacendado opulento, que montado en una mula lerda, recorre el campo de la feria desde las seis de la mañana, seguido de un numeroso estado mayor de caporales y vaqueros. Va en albarda con grandes estriberas de hierro, de chaqueta, sin chaleco ni corbata, ni otros molestos adminículos, cubriendo sus tostadas facciones un enorme sombrero de palma, como de *partideno*. Discute científicamente sobre bueyes, caballos y muletos; compra, vende, se agita, se afana, grita, se enfada, hace subir ó bajar los precios, es el rey de la feria.

Lo ví durante una hora regatear un caballito, y confieso que no me habia imaginado pudiese desplegarse tanta habilidad diplomática en tan insignificante transaccion. ¡Qué de defectos puso don Agaton á la pobre bestia! ¡Cómo le descubrió mas tachas que si fuese mula de alquiler, todo por quedarse con el jaco por quince pesos!

La retórica de Cuernavaca, anonadó al propietario, de tal modo, que entregó el caballo y se fué creyendo haber hecho un magnífico negocio. El hacendado ató su nueva compra á la cola de la mula que montaba, y volvió á la ciudad á eso de las tres de la tarde, atravesando las calles principales como un guerrero victorioso que lleva en pos de sí como trofeo, los despojos del enemigo.

El 15 de agosto de 1863 don Agaton Cuernavaca irá á la feria y llevará el mismo caballo, ya gordo y amaestrado; pedirá por él cien pesos, y si le ofrecen ochenta, contestará muy serio:

— Mas me costó aquí el año pasado.

¡Oh sublimidad del arte del negociante! ¡Vender caro y comprar barato!

IV.

Pero dejemos ese tipo y pasemos á otro que se encuentra tambien regularmente en la feria, y no es menos curioso que el que dejo ligeramente bosquejado.

Don Inocente Patallana es lo que se llama un *buen hombre*, expresion que en el estilo comun suele ser equivalente de algo que no quisiera Vd. ser, lector amado. Dios ha derramado sobre él sus bendiciones; es

decir, le ha dado una descendencia que lleva trazas de llegar á ser tan numerosa como la de Abraham.

Tiene once hijos vivos y efectivos, y despues del último, la esposa de don Inocente ha dicho como los periodistas cuando dejamos incompleto algun artículo: *se continuará*.

Es pues el caso que las criaturas de Patallana, desde ocho dias antes de la feria, le sacaban los últimos restos de juicio que le quedaban, instando para que los llevase á Jocotenango á caballo. Patallana sumó sus *oncegénitos*, y con una lógica admirable, dedujo que necesitaba once caballos, once sillas, once frenos, etc., añadiendo otro caballo con su respectivo jaez para él, pues los muchachos no debían ir solos, por su cuenta y riesgo.

Ahi fueron las congojas y los apuros del bueno de don Inocente. Al principio pensó en solicitar la remonta; pero desistió, temiendo hubiese en ella algunos caballos demasiado *bravos*. Alquilar era mucha cosa; pues el número que se necesitaba haría subir considerablemente el desembolso.

Pensado y repensado el caso, se decidió al fin por el recurso mas obvio y mas comun en tales circunstancias, acudir á los amigos, por medio de un empréstito forci-voluntario.

Destacó en guerrillas á los interesados, que se desparramaron por la ciudad, distribuyendo esquelas y mensajes verbales, requisitorias de caballos y monturas que recibieron los empadronados con señaladas muestras de impaciencia. Las respuestas no se hicieron aguardar. Uno estaba á pié, otro acababa de prestar su caballo, este no tenia silla, aquel tenia que montar, el de mas acá ofrecía una gruperá, el de mas allá una cincha, y casi todos declararon que no tenían freno.

No faltó quien ofreciera á don Inocente un caballo tordillo algo pesado, y admitido á pesar del defecto, resultó ser el de *Rubio*, á lo cual contestó únicamente el bueno del *paterfamilias* que la ocurrencia era graciosa, pero vieja.

Entre tanto los muchachos no se daban por vencidos; y al fin, aunque con mil fatigas, lograron apersearse, alquilando dos caballos, prestando otros, acordándose dos pares de chicos en dos machos, sacando á luz unas monturas viejas que estaban sirviendo de dormitorio á las palomas en un altillo de la casa, y reservando para sí el excelente Patallana una yegua vieja que tenia una oreja postiza, hecha de carton pintado. Habilitado el escuadron se puso en marcha é hizo su entrada triunfal en Jocotenango, á eso de las doce, con aplauso y júbilo de la concurrencia.

La comitiva fué de un lado á otro; de la plaza al llano y del llano á la calle principal, sin que hiciesen mella en la grande alma de don Inocente las pullas y las bromas de sus amigos y de sus conocidos.

Uno de tantos tuvo la maligna idea de jugarle una burla, y acercándosele con disimulo, mientras otro le llamaba la atencion, arrancó la oreja fingida á la cabalgadura, dejando al descubierto el defecto de la pobre bestia.

Ahi fué la alegría y la zumba de los que presenciaron el lance. Don Inocente acudió á buscar su oreja, digo la de su yegua, y ocupado en eso, no vió que iba sobre él un coche, tirado por dos fogosos tordillos.

— ¡A un lado! gritaron varias voces; pero el hombre no se movía.

Entonces el postillon, que no podia ya contener sus caballos, sacudió un tremendo zurriaga sobre las ancas de la yegua, que sacando fuerzas de flaqueza, levantó primero las partes traseras, luego las manos y dió en tierra con su caballero.

Depuesta la carga, la tonta echó á correr por entre el gentío, derribando á uno de los dos muchachos, volcando una mesa de comestibles y atropellando á la gente de á pié que se hizo un remolino.

En la confusion, unos gritaron « ¡fuego! » otros « ¡temblor! » otros « ¡revolucion! » otros « ¡chucho con rabia! » buscaron la policia y no se hallaba; todo era gritos, alboroto y carreras, hasta que la yegua sin oreja logró ganar una de las calles trasversales y se largó para su casa. Don Inocente reunió su prole y subiendo á las ancas del caballo de uno de sus niños, se volvió á su casa, maldiciendo de la feria de Jocotenango.

V.

Era ya tarde. Ví, pues, que debía dar punto á mis observaciones. Resumiendo estas, dije para mí. Gran concurrencia, mucho rocín, mucho coche, calor insoportable, figuras estrambóticas y elegantes, animales que se venden y animales que no se venden, polvo, confusion, mucho ruido y pocas nueces; esto es, poco mas ó menos la feria de Jocotenango.

Para don Agaton Cuernavaca estuvo buena, pues compró por quince lo que valía treinta. Para don Inocente Patallana estuvo mala, pues queriendo proporcionar á su familia un rato de distraccion, volvió á su casa burlado y magullado.

La opinion que respecto á la feria expresarian en sus respectivos circulos aquellos dos sugetos, debía ser esencialmente diferente, como fué diverso el papel que en ella les destinó la suerte.

No fueron menos contradictorios los juicios que tuve lugar de oír á los mismos que venian de Jocotenango en la tarde del 15, en el espacio que media desde aquel pueblo hasta mi casa.

- Mucha concurrencia.
- Mas hubo el año pasado.
- Ahora ha sido mayor.
- Pocas ventas.
- Muchas, pero precios bajos.
- Todo ha estado carísimo.
- ¿La viste?
- No ha venido.
- Esto ha estado desierto.
- Yo creia que no habria un traje como el mio, y he visto seis mejores.
- Esto es insoponible.
- ¡Qué hermosa es!
- ¡Qué caballo tan penco el que montaba!
- ¡Será alquilado!
- A 25 pesos la mancuerna, ¡qué barbaridad!
- Mucha gente.
- Jamás olvidaré este dia.
- No hubo nueces.
- Buenas tardes.

¿Cómo conciliar tan diferentes pareceres sobre las mismas cosas? ¡Inútil empeño! Si de otro modo fuera, el mundo no seria mundo. Quédate pues, cada cual con su opinion y yo con la mia, que creo modestamente la mejor de todas, y convengamos en que «cada cual habla de la feria, segun le va en ella.»

EL CHAPIN.

Nunca he podido averiguar lo que haya dado motivo á que se designe con el nombre que encabeza este artículo á los guatemaltecos, ni alcanzo la analogía que pueda existir entre la persona que ha nacido en la capital de nuestra república y una « especie de chanclo de que usan solo las mujeres y se diferencia del chanclo comun en tener, en lugar de madera, un corcho forrado de cordoban, » definicion que el Diccionario de la Academia da de la voz *chapin*. Segun el padre Alcalá, *chapin* es una corruptela del nombre arábigo *chipin*, que significa alcornoque, y se dió esa denominación al tal calzado por formarse sus suelas de la madera de aquel árbol. Si alguno de nuestros eruditos antepasados sabia eso, y al llamar chapines á los guatemaltecos quiso decir disimuladamente que somos unos pedazos de *alcornoque*, la cosa no va tal vez tan fuera de camino. ¿No podría decirse que en ese sentido somos, cual mas cual menos, unos verdaderos *chipines* en arábigo, ó *chapines*, como hoy se dice en castellano?

Por lo demás, sea cual fuere la etimología de esa denominación, ella ha hecho fortuna, como muchas gentes que tienen un origen igualmente dudoso; y fuera de la república, con tal que no salgamos de los límites de los Estados de la América Central, no se nos conoce bajo otro nombre que el de chapines, que hemos aceptado de buena voluntad los hijos de esta capital, como aceptamos otras cosas peores.

El tipo del verdadero y genuino chapin, tal como existia á principios del presente siglo, va desapareciendo poco á poco, y tal vez de aquí á algun tiempo se habrá perdido enteramente. Conviene pues apresurarse á bosquejarlo antes de que se borre por completo, como se aprovechan los instantes para retratar á un moribundo cuyo recuerdo se quiere conservar.

El chapin es un conjunto de buenas cualidades y de defectos, pareciéndose en esto á los demás individuos de la raza humana; pero con la diferencia de que sus virtudes y sus faltas tienen cierto carácter peculiar, resultado de circunstancias especiales. Es hospitalario, servicial, piadoso, inteligente; y si bien por lo general no está dotado del talento de la iniciativa, es singularmente apto para imitar lo que otros hayan inventado. Es sufrido y no le falta valor en los peligros; es novelero y se alucina con facilidad; pero pasadas las primeras impresiones, su buen juicio natural analiza y discute, y si encuentra, como sucede con frecuencia, que rindió el homenaje de su fácil admiración á un objeto poco digno, le vuelve la espalda sin ceremonia y se venga de su propia ligereza en el que ha sido su ídolo de ayer. Es apático y costumbrero; no concurre á las citas, y si lo hace, es siempre tarde; se ocupa de los negocios ajenos un poco mas de lo que fuera necesario, y tiene una asombrosa facilidad para encontrar el lado ridículo á los hombres y á las cosas.

El verdadero chapin (no hablo del que ha alterado su tipo extranjerizándose) ama á su patria ardientemente, entendiéndolo con frecuencia por patria la capital donde ha nacido, y está tan adherido á ella, como la tortuga al carapacho que la cubre.

Para él, Guatemala es mejor que Paris; no cambiaria el chocolate por el té ni por el café (en lo cual tal vez tiene razon). Le gustan mas los tamales que el *vol-au-vent*, y prefiere un plato de *pipian* al mas suculento *roastbeef*. Va siempre á los toros por diciembre; monta á caballo desde mediados de agosto hasta el fin del mes; se extasia viendo arder *castillitos* de pólvora; cree que los pañetes de Quezaltenango y los brichos de Tonicapam pueden competir con los mejores paños franceses y con los galones españoles; y en cuanto á música, no cambiaria los *soncitos* de Pascua por todas las óperas de Verdi. Habla un castellano antiquísimo: *vos, habís, tené, andá*; y su conversacion está salpicada de provincialismos, algunos de ellos tan expresivos como pintorescos. Come á las dos de la tarde; se afeita juéves y domingo, á no ser que tenga catarro, que entonces

no lo hace así le maten; ha cumplido cincuenta primaveras, y le llaman todavía *niño* Fulano; concurre hace quince años á una tertulia, donde tiene unos amores *crónicos*, que durarán hasta que *ella ó él* bajen á la sepultura.

Tales son, con otros que omito por no alargar mas este bosquejo, los rasgos principales que constituyen al chapin legitimo, del cual, como tengo dicho, apenas quedan ya unas pocas muestras.

Uno de mis mejores amigos, don Cándido Tapalcate, hombre de excelente corazon, pero de escaso entendimiento, es un compendio de muchas de esas buenas cualidades, manías y preocupaciones que he bosquejado aquí rápidamente.

En el tiempo en que yo era nopalero estrechamos nuestras relaciones, pues mi amigo, que se ocupaba tambien por entonces en la agricultura, tenia una magnífica plantación de nopal, colindante con la mia. En honor de la verdad debo decir, ya que hablo de esto, que jamás me sonsacó á mi mayordomo ni á mis operarios, portándose siempre conmigo como buen vecino y como caballero.

Hará cosa de un año, don Cándido tenia enfardada en los corredores de su casa la grana que su nopal le habia dado en tres cosechas, sin haber querido venderla, pues nadie le quitaba de la cabeza que cuanto se decia sobre baja de precios en Europa y descubrimiento de nuevos tintes, eran unas grandes mentiras, inventadas por los picaros de los extranjeros, confabulados con los comerciantes judíos de aquí, para sacrificarnos á nosotros los nopaleros.

Inútilmente le mostraba yo las circulares de las casas de comercio de Londres y los periódicos, pues siempre me contestaba que el papel todo lo aguanta, y atrincherado tras ese que él creia un verdadero axioma, no era posible hacerle entrar en razon. Un dia, aburrido sin duda de estar tropezando con los no muy olorosos zurroneos de su grana, mi amigo tomó la mas extraña resolución de este mundo, atendidos su carácter y preocupaciones. Tal fué la de coger sus tercios de cochinita, marcharse con ellos á Izabal, y embarcarse para Londres.

Cuando me comunicó el proyecto, estuve un rato dudando si soñaba; pero al fin hube de convencerme de que aquello no era una fantasmagoría, al ver la formalidad de los preparativos de la expedición. ¡Don Cándido Tapalcate hacer un viaje á Europa! ¡El, que veinte años hace tuvo que ir á Belice, y antes de emprender la marcha se confesó y otorgó su testamento! ¡Don Cándido, el chapin por excelencia, el enemigo nato de todo lo que es extranjero, ir á caer en aquella Babilonia!

Fijó el dia de la partida y comenzó á tomar sus disposiciones. Como mi amigo es hombre solo y no tiene mujer, hijos ni nada que le estorbe, empleó solo cuatro meses en los preparativos del viaje, y al fin estuvo listo. Fuí á decirle el último adiós, y me ocurrió echar una ojeada á los avíos, por si se habia olvidado alguna cosa. Figuraos mi sorpresa al ver que don Cándido marchaba para Londres con un catre y su correspondiente colchon; con toda su ropa, en cuenta los fraques y las levitas de penúltima moda que aquí solia llevar; con un sombrero dentro de su respectiva caja, con un servicio de mesa desde manteles hasta salero, con un *batidor* de cobre y su correspondiente *molinillo*, y con un mueble de que jamás se habia separado, al cual tenia particular cariño, y que llamaré aquí por su nombre, puesto que no es pecado: la bacínica de plata de su abuelo.

No hay remedio, dije para mí, Tapalcate ha creído que Londres es Escuintla, y por eso arrea con todos sus tocayos. Trabajo me costó persuadirle á que dejase una parte del menaje; pero no me fué posible hacerle separarse ni del *batidor* ni del orinal del abuelo. Llegado el dia de la marcha, se despidió de mí hecho un mar de lágrimas, y me confesó que se iba únicamente por haberlo anunciado tantas veces, siéndole bochornoso desistir del cacareado viaje.

Mi pobre amigo sufrió el mas horroroso mareo durante la navegacion. En conciencia no le debieron haber cobrado como á pasajero, sino el flete como un zurrón mas de los trescientos y tantos que iban por su cuenta, embarcándolo bajo conocimiento. Llegó al fin á Londres, y algun tiempo despues recibí una carta suya, que voy á trasladar aquí íntegra, para que se forme idea de las *impresiones* de un sencillo chapin del año de 1814 en una de las grandes capitales de Europa. Decía así:

«Londres, diciembre 15 de 1860.

» Querido amigo Salomé:

» Al fin, gracias á Dios, me tiene Vd. en esta sano y salvo, despues de haber pasado el mar, cosa que jamás habia podido imaginar me sucediese. No me detendré á ponderar á Vd. los riesgos que hemos corrido y los peligros en que nos hemos visto, porque seria cosa de nunca acabar. A poco de haberme embarcado en Belice, comencé á sentir ese mal horrible que llaman el mareo, y al dia siguiente sentia yo dentro del cuerpo las ansias de la muerte. Llamé á un criado para que propusiese al capitán la mitad de mis tercios de grana con tal de que parase por un cuarto de hora siquiera el condenado buque; pero el maldito hizo tanto caso de mí como si ladrara un chuchó. Tuve que resignarme á aquel horroroso sangoloteo, y metido en una especie

de cajón de muerto, pasé no sé cuántos dias, hasta que quiso Dios llegásemos al puerto, donde me desembarcaron, y metido en un coche muy grande, que camina como alma que se lleva el diablo, llegué á esta capital y me acomodé en el primer hotel que encontré á mano.

» ¡Ay amigo! Esto es grande, grande, grande. Será como seis veces Guatemala, segun creo, pues dicen que ya llega á dos millones esta población; y teniendo nuestra capital mas de trescientas mil almas, ya Vd. ve que sí sale la cuenta poco mas ó menos. Aquí todos son locos, y no se entienden los unos á los otros. Hablan diferentes idiomas, y por desgracia muy pocos el castellano, y menos aun el guatemalteco, como se lo probará á Vd. un caso que al siguiente dia de mi llegada me sucedió. Hice que me llevaran á casa de un señor Chuleta (así creo se llama) un comerciante chapeton muy rico, que todos dicen es muy buen sugeto, y para quien traje cartas. Me hizo mucho cariño, pues no es hombre de los que se dan tono, y despues de haber leído las cartas, me dijo que viera en qué podia servirme. Yo, que casi no tenia ya cuartillo, pues me habia gastado entre Izabal, Belice y Santomas lo que traia, le dije:

» — Señor Chuleta, lo que por ahora necesito, y con urgencia, es un poco de pisto, pues se me ha acabado el que saqué de Guatemala.

» — Pisto, dijo él, no sé lo que es; pero si lo hay en Londres, cuente Vd. con que lo tendrá.

» — Esa es otra, le contesté, ¿pues no ha de haber pisto en Londres?

» — Podrá haberlo, dijo él; pero yo no sé lo que es.

» — Pisto, pisto, le repliqué, lo que todos gastamos; y viendo por fortuna unas cuantas monedas sobre el escritorio, las tomé y le dije: Esto es pisto, señor Chuleta.

» — ¡Ah! dijo él. Vds. llaman pisto al dinero; esa es otra cosa. Tendrá Vd. el pisto.

» Figúrese Vd., amigo, si no es para desesperarse uno. Hasta ahora oigo que *pisto* no es palabra castellana. ¿Sera pues griego ó pupuluca lo que ahí hablamos? Luego sucede que en el condenado hotel donde vivo nadie me entiende una palabra. En vano he recurrido al consejo que en esa me dieron algunos amigos, y que es un recurso tan sabido, de pedir *sombrero* cuando quiero pan, *botas* si necesito mantequilla, y nombrar á la Pepa, mi prima, para pedir papel. Ni por esas. Me responden siempre: *Ay, no sé onde están*. Figúrese Vd., mi amigo, si yo he de creer que los criados del hotel no saben donde está el pan, la mantequilla y el papel. Despues he sabido que lo que quieren decirme con eso es que no me entienden. Creo pues que estos malditos criados han olvidado ya el inglés. No he ido á los teatros, ni á los museos, ni á los otros establecimientos públicos, ni á nada, porque con el diablo de frio que hace, me ha caído un catarro que me ha tenido encerrado casi desde que vine. Salí un dia por necesidad, porque me avisaron que iba á vender mis granas, lo cual hicieron como les dió la gana, mientras un gringo de estos, subido en una especie de púlpito, daba martillazo tras martillazo, que no parecía sino que me caian los golpes en el corazon.

» Las comidas son aquí infernales. El chocolate se me acabó, y lo que venden con ese nombre es imbebible. Luego vaya Vd. á conseguir unos frijoles, ni unos tamales, ni una tortilla, ni una naranja ágría, ni un chile para el caldo en este condenado Londres, que Dios confunda. Un español que vive en el hotel me propuso ayer ir á Paris; yo le dije que si podia irse por tierra estaba pronto. Se puso á reir; me dijo que estábamos en una isla, es decir, en un monton de tierra rodeada de agua, lo cual, como Vd. se figurará, no deja de darme algun cuidado. Añadió que para ir á lo que él llama el continente, es necesario pasar el canal de la Mancha.

» Yo le pregunté si esa Mancha de que me hablaba era la tierra de Don Quijote, pues me alegraria mucho de conocerla; y vuelta á la risa. La gente aquí, amigo Salomé, es muy mal criada. Yo saludo á todo el mundo en la calle, en el hotel, en todas partes, y nadie me contesta. Cuando voy á entrar por una puerta y llega otra persona al mismo tiempo, me detengo y cedo el paso. ¡Como si nada; entran sin hacer caso de mí, de don Cándido Tapalcate, antiguo municipal y dueño de una gran nopalera en Guatemala! ¿Qué dice Vd. de esto? Estoy arreglándolo todo para marcharme, y lo único que me detiene es que me han aconsejado asegure el pisto (Vd. sí sabe lo que es pisto) que voy á llevar, y me piden por eso no sé cuánto. Yo los he enviado á la droga, y he dicho que mas seguro va en mi cofre que en ninguna parte. Socaliñas, mi amigo, socaliñas. Ahora ya sé lo que es Londres, y nadie podrá contarme cuentos. Pronto nos veremos, si no me muero del mareo, y entre tanto me repito de Vd. afectísimo amigo.

CÁNDIDO TAPALCATE.

P. D. Por si no me voy tan pronto, hágame Vd. favor de pasar á casa, buscar mi capa, que dejé en la percha, y enviármela por el paquete, porque si no, con este frio me voy á helar hasta los huesos.

Suyo, etc.—C. T.

Tal era la extraña carta de mi sencillo y excelente amigo. Dos meses despues estaba en Guatemala. Fui á encontrarle en la garita. El infeliz habia estado á punto de naufragar entre Santomas y Jamaica; y habiendo sido necesario aligerar el buque, tuvo que arrojar al agua su dinero, que no habia querido asegurar, y su



VIAJE A LA REPUBLICA DEL ECUADOR. — Vista de Guayaquil tomada del fuerte de la Planchada.

equipaje, incluso el baidor y la consabida prenda del abuelo. Venia pues disgustadísimo del viaje, y jurando no volver á salir de su tierra aunque le hicieran papa, segun me dijo al abrazarme con las lágrimas en los ojos.

Me hizo la enumeracion de todos sus percances, y concluyó asegurándome que si alguna vez le venia la tentacion de mezclarse en la política, y llegaba el caso de que le expulsasen del pais, pediria mas bien como un favor el que le fusilaran antes que hacerle salir de Guatemala.

(Se continuará.)

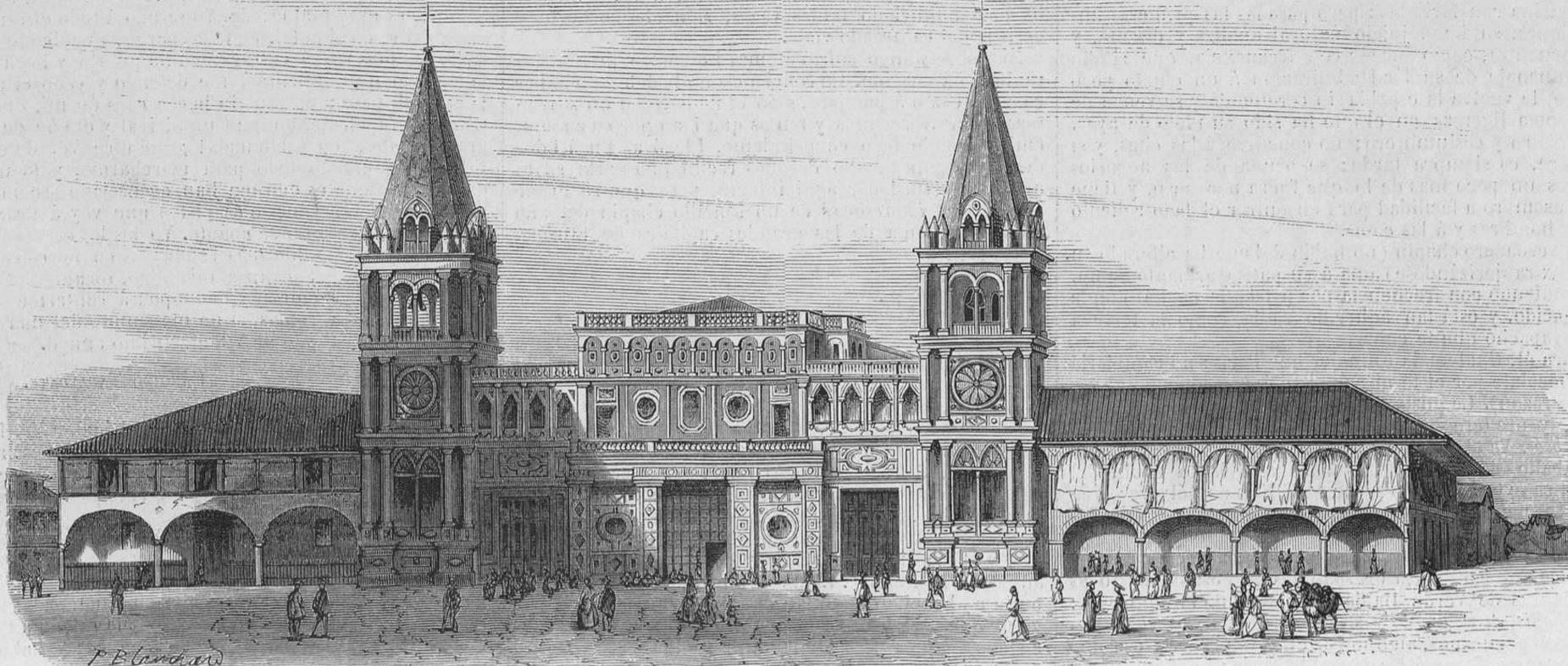


GUAYAQUIL. — Vista de Guayas.

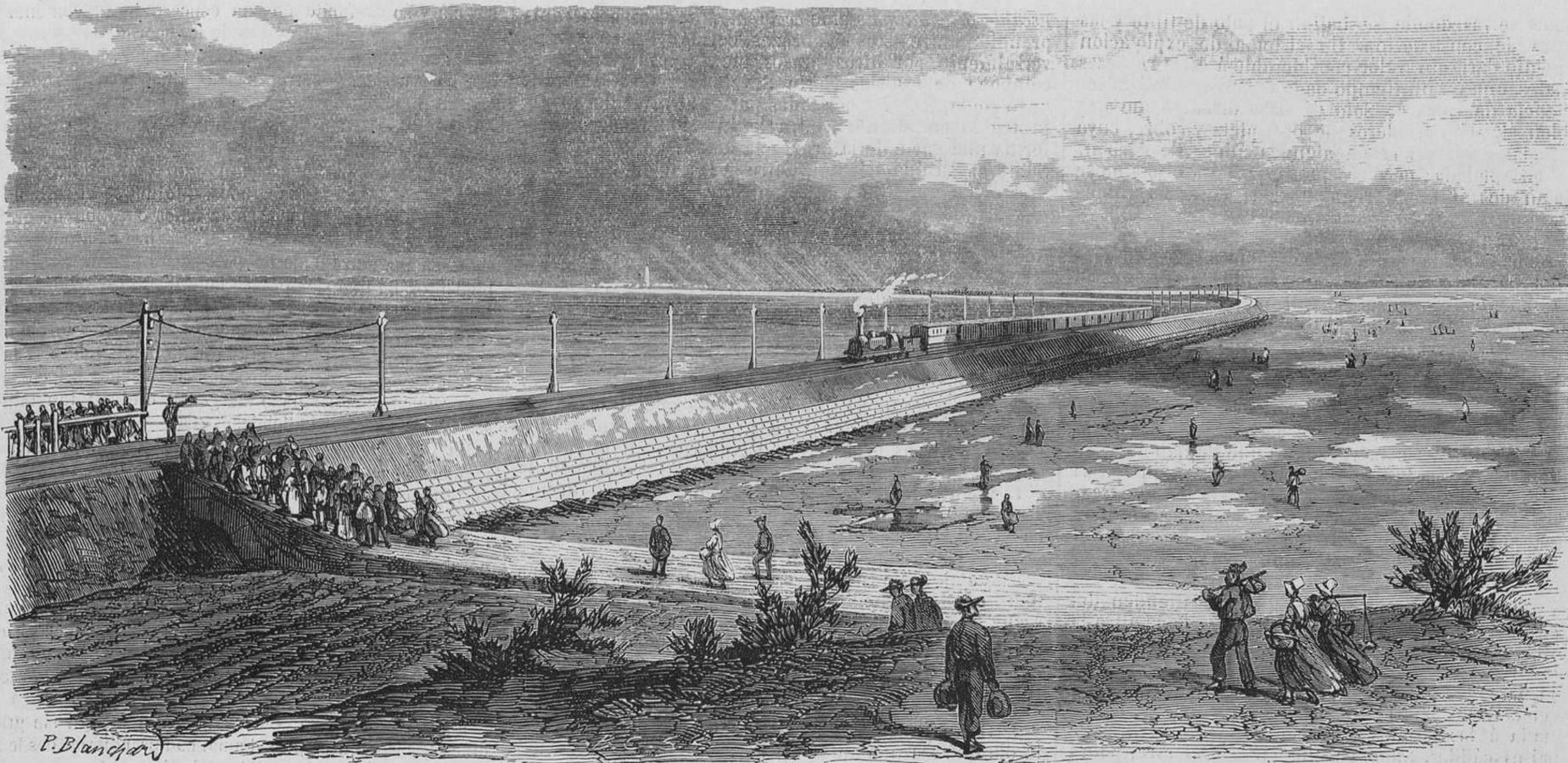
Una escala

EN GUAYAQUIL.

La república del Ecuador no es uno de esos países que se hallan en los caminos seguidos vulgarmente por la curiosidad de los viajeros, y por lo tanto, todo aquel que quiera conocerla tiene que hacer un viaje expreso. Su poblacion no llega á un millon de habitantes, y presenta los mismos fenómenos de razas que se han observado y estudiado cien veces en todas las regiones trasatlánticas conquistadas por los émulos y sucesores de los Pizarros y



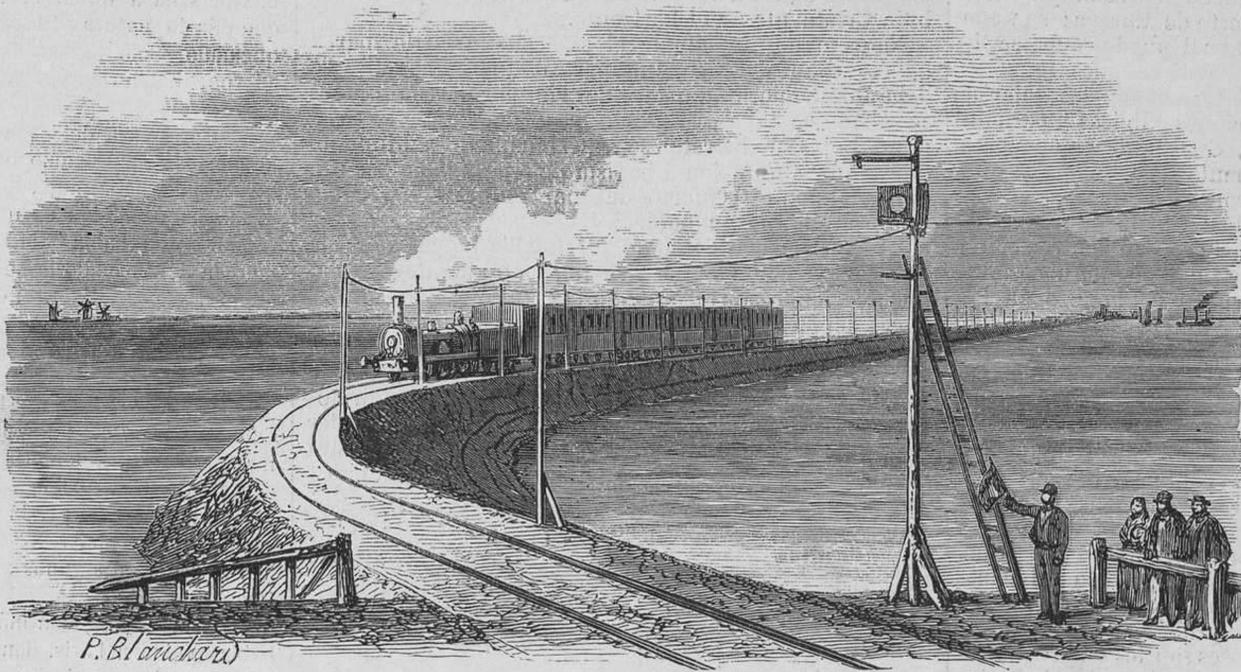
Catedral de Guayaquil.



BELGICA. — El atajo del Escalda: vista tomada de la orilla izquierda durante la marea baja.

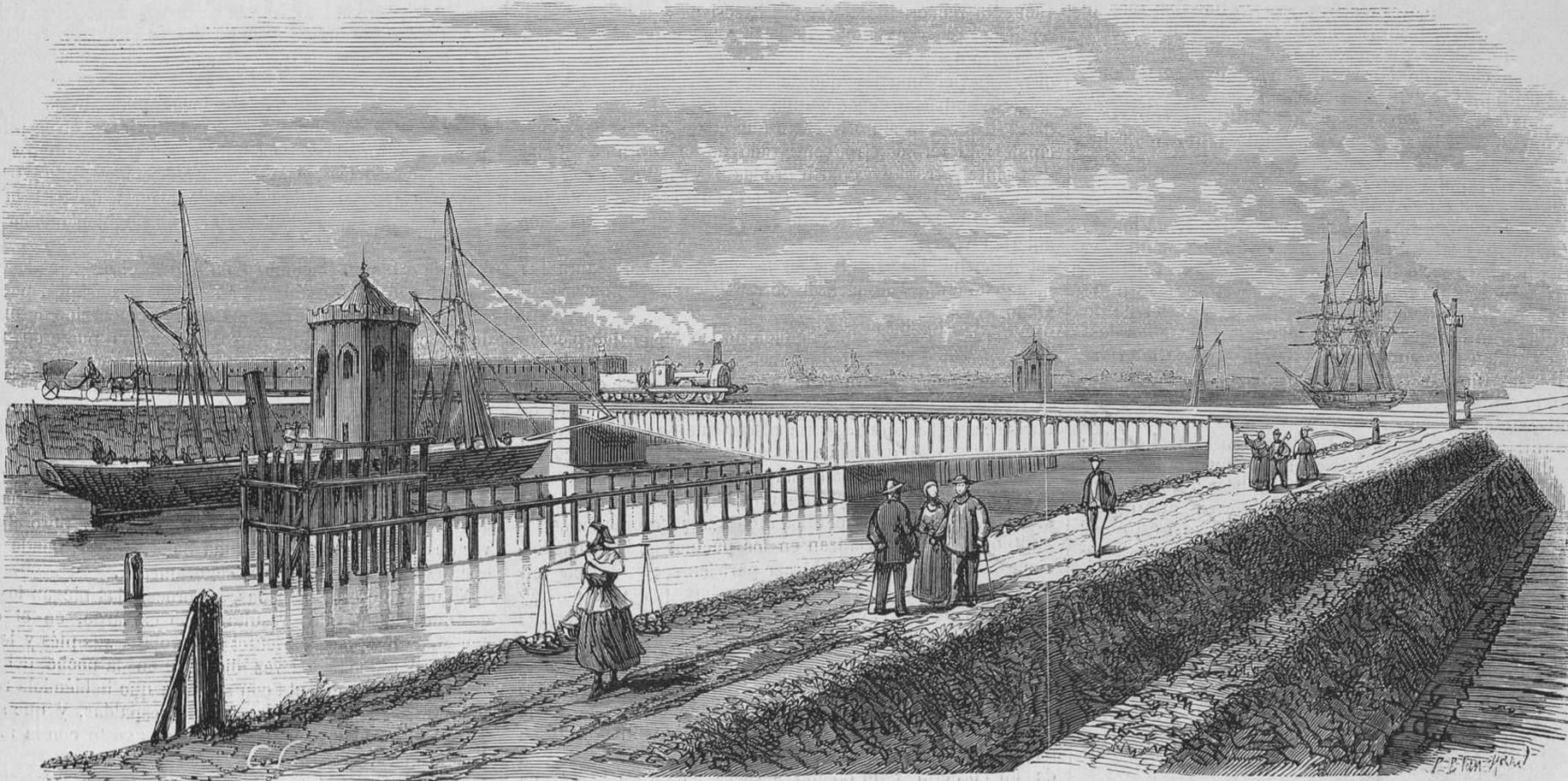
los Hernan Cortés. Se observan aquí singularidades que no tienen nada de común con lo que ha pasado y pasa todavía en los Estados Unidos de la América del Norte. Los etnógrafos han estudiado minuciosamente la materia, y un día, quizás no muy distante, según la corriente de las actuales ideas, las investigaciones motivadas por estos fenómenos darán de sí alguna obra monumental, que cambiará toda la ciencia del hombre primitivo.

Esta población, tan poco densa, ocupa un inmenso territorio, que, del Este al Oeste, va del Océano Pacífico al Brasil, y se halla dividido en doce provincias, de las cuales algunas, y



Bélgica. — Vista tomada de la orilla derecha durante la marea alta.

no son las menos vastas, apenas cuentan cincuenta mil habitantes. En todas, sin embargo, se hallan producciones indígenas de superior calidad y que pueden dar margen á un comercio tan grande como lucrativo. Las principales son estas: cacao, tabaco, cautchú, café, azúcar, algodón, quina, zarzaparrilla, cañas de bambú, y sobre todo la preciosa paja del toquilla, que sirve para hacer los famosos sombreros de jipijapa, que tan á la moda estuvieron en Europa hace algunos años, y que nunca dejarán de estarlo en las regiones expuestas á los terribles ardores de un sol tórrido. También haremos mención de las ri-



Bélgica. — El canal de Zuyd-Pereland. Puente giratorio que da paso al ferrocarril.

quisimas selvas donde se hallan el palo de tinte y las maderas de construcción. Un sistema de explotación inteligente daría un valor considerable á estas riquezas forestales, que en un tiempo dado deben suplir á la insuficiencia de Europa. Solo de paso diremos que hay también algunos criaderos de oro, plata y cobre, cuya existencia, así como la de algunas minas de carbon, está bien señalada; pero creemos que hasta el día no se explotan de un modo regular estas riquezas minerales.

La gran salida comercial de la república del Ecuador es el puerto de Guayaquil. Graciosamente situada á orillas del hermoso río Guayas, que le da su nombre, la ciudad cuenta veinte y cinco mil habitantes, y al ver la animación de los muelles, el movimiento que excita la importación y la exportación, la carga y descarga de los buques, ve uno desde luego que se encuentra en una de esas plazas importantes que comprenden todas las ventajas de su posición y no descuidan nada de cuanto puede fomentar su prosperidad; la ciudad es rica, y las primeras construcciones que llaman la atención lo declaran así inmediatamente. Un magnífico *warf* espera á todo buque que llega, y una vez desembarcadas las mercancías, se transportan á los almacenes de la aduana por un ferrocarril que reina á lo largo del muelle. Las operaciones del desembarque se ejecutan con una rapidez extraordinaria.

Estos muelles de Guayaquil, que se extienden del Sur al Norte, son hermosísimos. Aquí se encuentra la arquitectura de aberturas inmensas y de galerías por donde circula la brisa del río y de la mar, sistema muy propio para estos países, y que se halla en todos ellos. Con efecto, no podría idearse otra construcción más adecuada á los hábitos y conveniencias domésticas de los países cálidos. Siempre que circule el aire, podrá soportarse la temperatura más elevada. Para convencerse de esta verdad, no hay más que recorrer la calle del Correo, aunque es verdad que es una de las más hermosas, si no la más hermosa de las de Guayaquil: aquí la atmósfera no sofoca, como sucede en la mayor parte de las grandes ciudades del Norte de Europa; se tiene calor, pero se respira, y cada cual puede ocuparse libremente en sus quehaceres ó sus diversiones.

Salvo las calles y los muelles, donde las galerías aéreas dan á todas las construcciones públicas y particulares un aspecto monumental, Guayaquil posee pocos edificios dignos de fijar largamente la atención. Es una ciudad nueva y que no tuvo, como las que están en el Atlántico hace cuatro siglos, el privilegio de seguir relaciones fáciles con la madre patria. Sin embargo, no debemos olvidar el arsenal, que tiene cuanto hace falta para reparar las averías que sufren los buques en los viajes largos. También hay talleres para la construcción completa, y de año en año se observan en ellos progresos constantes. Si continúan adelantando en esta vía, llegarán á ponerse á la altura de sus competidores de Europa y de Norte-América.

No olvidemos la catedral, que tiene á los lados el Seminario y la capilla del Sagrario, como se ve en nuestra lámina. La fe es ardiente en estos países, y hay preciosidades en imágenes sagradas.

La Francia está muy dignamente representada en el comercio de Guayaquil y de toda la república del Ecuador. Si generalmente se prefieren los artículos de algodón de Inglaterra y los Estados Unidos de la América del Norte, en cambio los franceses son los que surten al país de sederías, lanas y los artículos llamados de París. Además, también llegan de Francia los aguardientes de segunda calidad, los vinos de Burdeos, que no son nunca de calidad superior, los aceites, etc. En toda la república son muy estimados los franceses, y hace ya más de medio siglo que esto dura; es de esperar que así será siempre.

Si algo es capaz de cimentar tan buenas relaciones, son seguramente los buenos servicios, y bajo este concepto señalamos el que debe Guayaquil al representante consular de la Francia, M. Poudavigne. Nos referimos al cuerpo de bomberos, que ha organizado como lo están en Francia.

Después de los terremotos, que son muy frecuentes en esta tierra volcánica, la república del Ecuador no tiene azote más terrible que el incendio. La ciencia no ha descubierto todavía un preservativo contra el primero; mas el segundo puede combatirse cuando se tiene alguna energía viril, cuando la gente no se duerme en costumbres de indolencia que hacen considerar las desgracias accidentales como una especie de fatalidad irresistible. A Dios rogando y con el mazo dando, dice la sabiduría de las naciones. M. Poudavigne ha predicado mucho este proverbio, y en el día los habitantes de Guayaquil no se cruzan ya de brazos ante el horrible azote del fuego. En cuanto hay un incendio corren á las bombas, que han aprendido á manejar. Podríamos copiar aquí algunos artículos laudatorios publicados en el periódico *los Andes* de Guayaquil; pero esto nos alargaría demasiado. Bástenos haber señalado los buenos resultados obtenidos por la iniciativa de uno de esos hombres acostumbrados á los hechos de la vida moderna, que sabe cuanto cuesta obtener algún progreso.

J. B.

El atajo del Escalda.

Sabido es que el Escalda, antes de entrar en el mar del Norte, se divide en dos brazos principales, llamados

Escalda oriental y *Escalda occidental*; y el espacio comprendido entre estos dos brazos, cortado á su vez transversalmente por otros brazos menos importantes, se compone de las islas Norte Beveland y de Walchren, cuyo suelo, inferior por todas partes al nivel del mar y protegido por diques contra la invasión de las aguas, forma una parte de la provincia holandesa de Zelanda. Sobre el Escalda oriental, entre la isla de Sud Beveland y la orilla del Brabante setentrional se ha construido el gran atajo para que pase la vía férrea de Berg-op-Zoom á Flessingue, que pone en comunicación este punto importante, situado al extremo meridional de la isla de Walchren, con la red continental de los caminos de hierro. Aunque el lugar elegido para el atajo sea uno de aquellos en que llega al máximo la distancia de la isla á la tierra firme, la anchura del río no baja de cuatro kilómetros, y se tendrá una idea de las dificultades que ha sido preciso superar con solo saber que en este punto el Escalda se halla sometido á todas las fluctuaciones de las mareas del Océano, que se encuentra á pocas leguas. Y sin embargo, en menos de tres meses se ha construido el dique. Se comenzó la obra á fines de febrero de 1867, en junio del mismo año estaba atajado el río, las obras de consolidación ocuparon los meses que siguieron, y hoy el ferrocarril se halla completamente terminado.

Este atajo, que tiene de largo 3,640 metros, describe una línea ligeramente curva al acercarse á la orilla derecha, y en su construcción se han gastado 123 metros cúbicos de materiales por metro de largo, ó sea un total de unos 500,000 metros cúbicos. Estos materiales se componen de una cama de faginas que descansan en el fondo del agua, y encima una sólida capa de tierra y de lastre protegida por sólidos parapetos de fábrica; la obra ofrece una anchura de 10 metros y se eleva á 5 metros sobre el nivel de las mareas ordinarias. Es indescriptible el aspecto que presenta en la marea alta esta angosta calzada audazmente construida entre dos mares, y que se extiende hasta perderse de vista en medio de las aguas hasta que toca á una orilla que se dibuja vagamente en el horizonte.

No es menos imponente el espectáculo en la marea baja: en tanto que por una parte la marea al retirarse deja á descubierto la madre del río, por otra la inmensa sábana de agua casi toca á lo alto del dique, y á poco que las olas se alboroten se experimenta un sentimiento de grande admiración á la vista de esa endeble barrera que contiene el esfuerzo del mar embravecido como una muralla inexpugnable.

La construcción del atajo del Escalda ha cerrado á la navegación una vía que era indispensable devolverla, restableciendo por otro medio la comunicación con las bocas del Meuse. Con este fin se ha construido un canal que tiene de largo 10 kilómetros, y que atraviesa la isla de Sud Beveland entre Hansweert y Wemeldange. Este canal que el ferrocarril atraviesa por el puente giratorio que se ve en uno de nuestros grabados, puede dar paso á los buques mercantes de mayor parte y bastará para que la navegación no sienta perjuicio alguno.

E. D.

Revista de París.

Los parisienses están como asombrados del verano de 1868. No recuerdan calores tan excesivos y sobre todo tan seguidos, pues en su clima variable, á un día de calor sucede otro de lluvia, á veces con una regularidad que parece dispuesta por una ley que se observa rigurosamente. Este año, sin embargo, tenemos una excepción; los días abrasadores se suceden sin otro riego que el de las bombas municipales. El termómetro centígrado no se cansa de señalar de treinta á treinta y cuatro grados á la sombra, y con esta temperatura tropical solo hacen su agosto los despachantes de cerveza alemana. En vano los teatros que han quedado abiertos rebajan los precios de las localidades y hasta siembran billetes gratuitos en los cafés y los restaurants: nadie cae en la tentación de correr la broma de morir asfixiado.

Como no hay mal que por bien no venga, lo que pierden las empresas teatrales lo ganan los establecimientos de baños fríos: á cierta hora de la tarde puede decirse que, si no la mitad, una parte muy considerable de la población de París se arroja al Sena. Es un placer que no sale muy caro, por supuesto al que sabe nadar, pues entre los aficionados inexpertos se cuentan siempre algunas desgracias.

Las excursiones campestres también están muy en boga, sobre todo cuando hay el aliciente de una de esas ferias tumultuosas que se organizan en los pueblos de las inmediaciones de la capital para atraer parisienses; y á decir verdad, este atractivo siempre existe, hoy por una parte y mañana por otra. No hay domingo sin fiesta campestre. El teatro de este espectáculo veraniego es invariablemente una alameda ó una plaza, que se llena de puestos ambulantes, barracas, caballos de madera, teatros y curiosidades, entre las cuales son de rigor un gigante y una sonámbula. A la puerta de cada uno de estos teatrillos hay una orquesta que, según la importancia del establecimiento, se compone de un cornetín y un bombo, á veces de un tambor ó una carraca; pero lo más común es un organillo, que destroza con un furor implacable la música de Verdi. Todo esto se

mezcla y se confunde en una cencerrada descomunal á la que acompañan los discursos de los charlatanes y los gritos de la muchedumbre. Tal es el divertido y curioso espectáculo que los parisienses corren á contemplar todos los domingos, con gran contento de las compañías de ferrocarriles, que á duras penas pueden dar abasto á este trasiego de gente de la capital al campo y vice-versa.

A todo esto, la crónica de París se encuentra exánime. Cuando ha señalado los grados que marca el termómetro, ya lo ha dicho todo, pues es la única cuestión de gran interés en estos tiempos caniculares. Sin embargo, en la última semana han tenido los parisienses uno de esos entretenimientos de que siempre se muestran muy ávidos, la lectura de los debates de una causa célebre, cuya vista ha durado siete días, y en la que se trataba de un horrendo crimen en el pueblo de la Varenne Saint-Hilaire. Vamos á extractar del acta de acusación los hechos principales de este crimen, que ha dado margen á tantas y tan minuciosas investigaciones judiciales.

En la noche del 9 de agosto del año último se manifestó un incendio en la Varenne Saint-Hilaire, en una casa situada en el muelle del Marne y perteneciente á un tal Forest, que solo pasaba en ella los domingos, y la dejaba al cuidado de una mujer llamada Chantreau, que hacia veinte años pasaba por su esposa, y de la criada Maria Fleutot, que desde el mes de mayo estaba á su servicio.

En cuanto se dió la voz de alarma, Maria Fleutot apareció en camisa, asomada á una ventana del tercer piso, diciendo que no podía dar las llaves de la verja, porque las tenía su ama, que dormía en el piso segundo, y la escalera estaba ardiendo.

Rompieron la verja, sacaron á Maria Fleutot sin grandes dificultades, y en cuanto al ama, comprendieron desde luego que el salvarla era imposible. Efectivamente, su cuarto estaba ya devorado por el fuego, no quedaban ni señales de muebles; pero no se encontró allí el cadáver, que después se descubrió en el cuarto de M. Forest, en la actitud de una persona á quien el incendio hubiera sorprendido sin que ella lo notara. El cadáver más parecía tostado que quemado. Solo la cabeza, más negra que lo restante del cuerpo, había sufrido más profundamente la acción del fuego.

«La presencia del cadáver, dice el acta de acusación, en el cuarto y en la cama de M. Forest, contra la costumbre que tenía aquella mujer de habitar exclusivamente su cuarto; la imposibilidad de que no hubiese oído los gritos y el tumulto que había habido á su lado; la facilidad que la marcha del incendio le había dejado para escaparse y pedir auxilio, y por último, el estado de la cama, relativamente poco quemada, sobre la cual descansaba el cuerpo, despertaron en un crecido número de testigos la idea de un crimen.»

Sin embargo, M. Forest encontró en su casa todos los valores que poseía intactos, así como las joyas de la víctima, y preciso fué admitir la hipótesis de un incendio accidental. Creyóse que la difunta había sido sorprendida en medio de su sueño por la asfixia, antes de haber sido alcanzada por las llamas.

Trascurrieron algunos meses sin que se modificara la situación.

«Maria Fleutot, continúa el documento que extractamos, había venido á París, donde vivía con su madre, con un hijo fruto de su vida licenciosa, y con un hombre á quien la madre había abierto su domicilio, cuando á principios de febrero llegaron á oídos de M. Forest importantes revelaciones. Supo que algunos días antes del incendio de su casa, la madre de Maria había introducido en su vivienda una porción de bultos, y que las dos mujeres tenían camisas, ropas y alhajas que no estaban en relación con sus recursos.

«Además, la madre hablaba incesantemente de los sucesos ocurridos en la Varenne Saint-Hilaire, y en la relación que hacía de ellos, contra el gusto de su hija, que la aconsejaba callarse, caía en contradicciones muy extrañas. Añadiase que las alternativas de alegría, de tristeza y de excitación de Maria Fleutot chocaron también mucho á los vecinos.»

Sobre estas revelaciones continuó su obra la justicia, que desde luego llegó á obtener resultados gravísimos, pues encontró en posesión de las acusadas una porción de objetos de la casa incendiada, cuyo origen no pudieron negar aquellas mujeres.

Todos estos objetos habían sido sacados misteriosamente de la casa de la Varenne Saint-Hilaire por la madre y la hija en la noche del 9, y como no es creíble que el ama de aquella casa se hubiese dejado robar estando en vida, la acusación fiscal presume que al robo precedió el asesinato; así como que después se prendió el fuego para hacer desaparecer las señales de un doble crimen, y se puso el cadáver de la víctima sobre la cama de M. Forest, donde podía operarse la combustión más seguramente.

No obstante estas pruebas, las procesadas niegan los cargos que contra ellas resultan. Sin embargo, en el careo con M. Forest, Maria Fleutot se arroja á sus pies y le pide que le perdone. Otra vez dice que en la noche del 8 de agosto tuvo una disputa con su ama; que habiéndola rechazado bruscamente, la hizo caer de espaldas, y que siguió un desmayo, el cual concluyó el 9 de agosto con la muerte de su señora.

Empero, como este sistema confirmaba la acusación de robo é incendio, Maria Fleutot se retractó de lo dicho, alegando que su declaración le fué inspirada por el deseo de

descargar á su madre de toda la responsabilidad que pesaba sobre ella. En suma, la madre y la hija volvieron de nuevo á las denegaciones mas absolutas.

La acusacion fiscal presenta á la madre de María Fleutot como una mujer de los peores antecedentes: separada de su marido, vivia de las sustracciones que efectuaba María Fleutot en las casas donde estaba de servicio. Su avaricia no conocia límites. « El siguiente rasgo, dice el acta de acusacion, pinta su naturaleza. Cuando volvió á Paris en la noche del 9 de agosto, dejando en la Varenne Saint-Hilaire el cadáver de la Chantereau y los preparativos del incendio, llevaba en la mano un pedazo de carne que su hija habia comprado aquel mismo dia para la comida de su ama. »

El interrogatorio de María Fleutot duró tres horas, y toda la audiencia del 14 se consagró al de la madre de María: entrambas negaron rotundamente los cargos que contra ellas resultan en la acusacion.

Lo mas interesante entre tanta declaracion de testigos como oyó el tribunal en los dias 14, 15 y 16, fué el informe de los facultativos llamados á examinar el cadáver de la víctima.

El doctor Bergeron, dando cuenta de la mision que se le habia confiado á título de perito, dijo que el cadáver tenia una herida leve en la cabeza. Cuando él le vió estaba ya rígido, y por lo tanto cree difícil poder admitir que hubiese muerto asfixiada, pues de todas las clases de muerte, la asfixia es la que mas retrasa la rigidez cadavérica.

El doctor Tardieu, profesor de la facultad de medicina, dice que el estado del cadáver no le ha permitido hacer observaciones concluyentes. Sin embargo, añade, « hemos alcanzado resultados negativos muy importantes. Descubrimos una pequeña herida, que por sí sola no habria podido causar la muerte, siendo de advertir que, á consecuencia de la combustion del cadáver, podian haber desaparecido otras señales de heridas. En suma, nos ha sido imposible precisar la verdadera causa de la muerte. »

Interrogado por el presidente, el doctor Tardieu entra aquí en curiosas observaciones científicas.

Dice que una vez sentado el hecho de la rigidez cadavérica, no es posible admitir que la persona en quien se observó á la hora dicha, no tuviese mas de tres ó cuatro horas de muerte. En el caso de asfixia, la rigidez cadavérica no se manifiesta sino al cabo de diez y ocho ó veinte horas; parece que este es el género de muerte que conserva mas largo tiempo el calor en el cadáver.

« La rigidez, añade, no comienza sino en el momento de la putrefaccion. Es un fenómeno cuya causa no conocemos bien; pero que no se produce hasta cierto tiempo despues de la muerte. Admitiendo una muerte violenta, como inmersión, estrangulacion, sofocacion, la rigidez no existe de lleno hasta treinta horas despues. »

El doctor Tardieu concluye manifestando que, á su juicio, la muerte debió ser anterior al incendio.

Las defensas y las réplicas llenaron la audiencia del 17, y en la del dia 18, el presidente resumió los debates y el jurado se retiró á la sala de las deliberaciones, de donde al cabo de dos horas salió con una declaracion en la que se resolvian afirmativamente las cuestiones de robo, incendio y asesinato en la Varenne Saint-Hilaire. Sin embargo, el jurado acordó el beneficio de las circunstancias atenuantes á las dos procesadas, en cuya virtud el tribunal les impuso la pena de cadena perpétua.

María Fleutot, dicen los diarios judiciales, no pudo reprimir una sonrisa de satisfaccion al oír esta sentencia, que provocó la indignacion de muchas personas del auditorio. Algunos gritos de ¡Muera! ¡Muera! fueron la conclusion de esta causa célebre.

En este auditorio, que se mostraba mas sanguinario que los jueces, habia muchas señoras que desde el primer dia se habian interesado vivamente en las peripecias del proceso. ¿Su presencia allí era motivada por una simple curiosidad, ó era mas bien una manifestacion que en los tiempos que corren puede interpretarse de otro modo? Esto es lo que nosotros no sabriamos decidir, si bien en vista de la actividad con que las mujeres aprovechan el nuevo derecho concedido á los franceses de celebrar reuniones, podriamos pensar que intentan ya hacer alarde del espíritu de iniciativa que las anima.

Con efecto, en la actualidad las mujeres se reúnen públicamente á discutir de filosofía y de política, y pronuncian discursos y redactan manifiestos y artículos que se difunden por medio de la prensa.

Haciendo abstraccion de la parte política, que ocupa naturalmente el lugar de honor en el manifiesto, veamos lo que piden las señoras francesas.

Reclaman la igualdad.

Dicen que en vano se pretende en Francia que la igualdad ante la ley es comun á todos, puesto que la mitad de la humanidad está excluida de ella; quieren la igualdad en el matrimonio como garantía de moralidad, de union y de ventura.

Despues piden tambien la igualdad en el trabajo, segun las capacidades; quieren que entre hombres y mujeres haya una reparticion de los bienes que produce el trabajo.

Luego invocan la fraternidad, que debe ser la ley general de las relaciones entre los hombres y las mujeres, fuera de aquellas que constituyen el matrimonio.

Por último, el largo manifiesto en que se desenvuelven estas aspiraciones, concluye de este modo:

« Movidas por el sentimiento de nuestra dignidad, afirmamos altamente nuestro derecho á la justicia y hacemos un llamamiento á todas las mujeres y á todos los hombres

de corazon y de inteligencia para que se unan á nuestra reivindicacion y busquen con nosotras los medios mas eficaces de ilustrar á todo el mundo sobre esta cuestion y de poner á la mujer en posesion de los derechos que le pertenecen como persona humana. »

Hé aquí formada la liga, á cuya cabeza se encuentran personas como madama André Leo y madama M. Gagneur, que tienen dadas pruebas de talento en las polémicas que sostienen por medio de la prensa. No dejaremos de señalar aquí los progresos que haga la asociacion, pues á juzgar por lo numerosas que son las reuniones y la animacion y espíritu de propaganda que se observa en ellas, es de esperar que haga progresos.

De teatros ya hemos repetido varias veces que no es ocasion de hablar durante el estío. Lo único que hay son algunas noticias para la temporada próxima: por ejemplo, se dice que próximamente Alejandro Dumas, hijo, leerá una comedia á los artistas del Gimnasio; y se habla tambien de varios dramas nuevos debidos á los principales dramaturgos. Entre tanto, nos damos por muy contentos de no tener que asistir á ninguna funcion de importancia en estas noches de calores inusitados.

MARIANO URRABIETA.

Expediciones al Polo Norte.

Ya hemos hablado á nuestros lectores de la expedicion al Polo Norte que, por medio de una suscripcion pública, organiza M. Gustavo Lambert; la empresa está en buen camino, y es probable que á principios de octubre los expedicionarios se pondrán en marcha. Con este motivo creemos de actualidad los siguientes datos:

El Océano polar ártico, en su acepcion mas lata, es la parte de los mares del Norte que se extiende desde el Círculo polar ártico, ó sea desde 66° 30' de latitud setentrional hasta el Polo; pero puede considerarse terminado por las costas setentrionales de la Europa, del Asia y de la América en el grado 70 de latitud.

Dentro de estos límites forma en la costa de Europa el mar Blanco; en la del Asia el mar de Kara y los golfos de Obi y de Zenssei; y en la de América el mar de Baffin y el estrecho de Davis, que conduce al estrecho de Smitt en el Norte y al de Lancaster al Oeste. Los geógrafos y los navegantes dan á ciertas partes del Océano ártico el nombre del país cuyas costas baña, y de ahí que se diga el mar del Spitzberg, el de la Nueva Zembla, de la Groelandia y el de Melville, llamado tambien Mediterráneo ártico.

En el Océano ártico se puede entrar por tres puntos: por el mar de Baffin, por el Atlántico setentrional, entre la Groelandia y la Noruega, y por el estrecho de Bering, que separa el Asia de la América.

El mar de Baffin termina hácia el Polo en el estrecho de Davis: sigue á este un canal formado al Oriente por la costa occidental de la Groelandia, y al Oeste por las tierras de Cumberland, de Cockburn de Wollaston, de Devon setentrional, de Lincoln setentrional, de Ellesmere y de Grinnell, acercándose un poco mas para formar el estrecho de Smitt, que termina en el canal Quennedy. El cabo Constitucion en la costa de Groelandia y el cabo Union en las costas de la tierra Grinnell marcan los límites de nuestros conocimientos en esta direccion.

El estrecho de Lancaster, que se abre al Oeste del canal de Baffin á los 74° de latitud entre la Tierra de Wollaston y el Devon setentrional, y el estrecho de Barow que viene á continuation, forman la entrada del mar de Melville ó Mediterráneo ártico.

Allí, entre los 70 y 78° de latitud se encuentra un laberinto de mares estrechos y tierras indeterminadas cubiertas todavia por montes de hielo, que revelaron las expediciones mandadas en busca del malogrado Francklin, y donde Bellot halló una muerte gloriosa en el cumplimiento de su deber. No será, pues, por este laberinto, sino por el canal Kennedy, que conduce al supuesto mar libre ó el mar de Kane, que se podrá encontrar medio de llegar hasta el Polo.

Penetrando en el Océano ártico por el vasto espacio de mar que se extiende entre la Groelandia y la costa de Noruega, se tropieza primero con la isla volcánica de Juan Mayen, abordable solo en años excepcionales, y luego con el grupo de islas de Spitzberg en cuya costa occidental se encuentra la bahía de la Magdalena. Perry, algunos capitanes balleneros, y en 1861 los miembros de la expedicion sueca al citado archipiélago, llegaron hasta 84° 41' de latitud.

Esta via expedita se encuentra únicamente entre las islas de Spitzberg y la Nueva Zembla. A partir de esta isla y principalmente las costas del Norte de la Siberia, están defendidas por una muralla de hielo que termina en la Polynia ó mar libre por Wrangel, por Aujuu y por algunos balleneros rusos, cuya existencia demuestra la teoría.

La entrada en el Océano ártico por el estrecho de Bering, aunque frecuentado por varios exploradores, no ha revelado mas que la existencia de las islas de la Nueva Siberia, y algunas tierras divisadas desde lejos por Wrangel, Killet y Collinson, entre los 72 y 73° de latitud y á 180° del meridiano de Paris.

Una gran parte del Océano ártico se halla constantemente cubierta de hielos, los cuales, segun la latitud, la proximidad de la tierra ó la influencia de las corrientes,

son permanentes, accidentales y flotantes. Los hielos permanentes forman una cintura á lo largo de las costas setentrionales de la Siberia, cubren el estrecho de Smitt y el Norte de Islandia, rodeando la isla de Juan Mayen. Los hielos accidentales se presentan en los mares de Spitzberg y la Nueva Zembla, al nordeste de las islas de la Nueva Siberia, en el canal Kennedy y en el mar de Melville; sin embargo, segun la intensidad del invierno polar, se convierten en permanentes. Los hielos flotantes se encuentran principalmente á lo largo de las costas oriental y occidental de la Groelandia y bajan hasta Terranova y Nueva Escocia; ninguno se ve en el mar del Norte y muy pocos en el estrecho de Bering.

La intensidad del frio en los mares setentrionales depende mas bien de las localidades que de la latitud. Así en la parte europea del Océano ártico la navegacion es practicable hasta el 80° de latitud. Parry en su excursion de 2 de julio de 1827 tuvo á los 82° el termómetro entre 8 y 9° á medio dia al sol. En el Spitzberg la temperatura suele subir algunos veranos hasta 8°, siendo en el cabo Norte de 6° la temperatura media. En la parte americana del Océano ártico la temperatura es mas baja, y en invierno unos marinos ingleses sufrieron desde 40 á 45° de frio, y una vez hasta 54° bajo cero. En ciertos puntos de la isla de Melville, hácia 75° de latitud, el mercurio de los termómetros se hiela durante cinco meses del año.

El Océano ártico está surcado por varias corrientes á manera de inmensos rios que atraviesan el mar, de los cuales es el mas importante el Gulf-Stream, que partiendo de su inmensa caldera ó sea el Golfo de Méjico, lame las costas de los Estados Unidos hasta el cabo de Hatteras, y se aleja de ellas para entrar en el Océano polar entre la Escocia y la Islandia.

Baña el Beeren-Island, las costas occidentales de Spitzberg y las de la Nueva Zembla, y penetra en el mar circumpolar para dar lugar sin duda á esa Polynia misteriosa descubierta por Hedenstrom. Quizás esta rama setentrional del Gulf-Stream, despues de haber dejado su calor al través de los hielos polares, retrocede dando vuelta al Spitzberg y constituye la corriente que envuelve la Groelandia como una isla en el mar de Baffin y por sus costas orientales.

Otra corriente menos sensible que el Gulf-Stream penetra en el Océano ártico por el estrecho de Berin, contribuyendo tal vez á la formacion del mar libre. Una corriente submarina devuelve enfriadas por el mismo estrecho de Bering las aguas que conduce al polo la corriente salida del Japon.

Sobre la existencia de este mar navegable en el Polo, está conforme la ciencia con la tradicion y con los hechos. M. W. E. Hickson lo ha demostrado en un extenso trabajo por consideraciones sacadas de la astronomia y de la fisica del globo, y el distinguido geometra italiano Juan Plana, por medio de la analítica, demostró tambien que en los polos debe reinar una temperatura media un poco mas elevada que en los círculos polares á 66° 32' de latitud. M. Hayes, uno de los últimos exploradores de las regiones, dice que la creencia en un mar libre data desde que Alejandro de Humboldt publicó un sistema isotermal, en el cual demuestra que la temperatura no está regulada por la distancia al Ecuador, atendido que la linea equinoccial no es el paralelo de calor máximo.

En 1821 sir David Brewster demostró tambien en una Memoria sobre la temperatura del globo la probabilidad de que el termómetro deba mantenerse en el Polo á 19° mas que en otras partes del círculo ártico. En 1594 Varet observó ya « que el sol en la parte superior de la Nueva Zembla, lanzaba hácia el Norte una cantidad considerable de sus rayos, y que por consiguiente debia hacer mas calor que en el sitio en que él se encontraba. »

Forster habla de un buque que mandó la compañía holandesa del Norte en busca de aceite y pescado en 1814, cuyo capitan, hallando el mar libre, se acercó hasta el 2° del Polo, al cual dió por dos veces la vuelta. José Moxon dice haber oído contar lo mismo á un capitan holandés y su á tripulacion, diciendo que encontraron el aire caliente como en verano en Amsterdam. El capitan Gould, que hizo mas de veinte viajes á la Groelandia, dijo tambien al rey Carlos II que habia visto partir hácia el Polo dos buques holandeses, que regresaron á los quince dias despues de haber llegado hasta el 89°, donde no encontraron hielo, sino un mar completamente libre con olas tan grandes como las del golfo de Vizcaya.

Parry encontró en 1827 la costra de hielo en fragmentos invadida por el mar. Sir Eduardo Belcher en el Norte del canal Wellington vió tambien una vasta extension de agua encubierta de algunos témpanos de hielo; el capitan Penny lo mismo en el noroeste del canal Victoria, y el capitan Inglefield un vasto mar al noroeste del Whale Saund.

Por fin, el doctor Kane, hablando de la excursion de su compañero Morton hácia el cabo Constitucion á 80° 46', donde vió el canal con la apariencia de un espejo azulado, en el que flotaban unos cuantos islotes de hielo, dice:

« Los detalles de Morton sobre el mar libre concuerdan perfectamente con nuestras observaciones. Me es imposible al recordar los hechos de esta excursion, como son la nieve fundida sobre las rocas, las bandadas de aves marinas, la vegetacion yendo en aumento, la elevacion del termómetro en el agua, dejar de creer en la probabilidad de un clima mas templado hácia el Polo. »

La reina

DE MOHELY.

Si los franceses merecen aun que se les eche en cara, como en tiempo de Goethe, su ignorancia en punto á geografia, preciso es confesar que suya exclusivamente es la culpa, pues á cada instante reciben lecciones por medio de todas las gacetas y las crónicas de Paris, y esto se hace tan solo para que se comprenda mejor el acontecimiento del dia, el que tiene el privilegio de atraer la atencion de todo el mundo.

¿Quién, por ejemplo, se acordaba en la última primavera, de Mohely y de la reina Fatouma?... Nadie seguramente. Pues bien, en cuanto esta majestad de color de aceituna ha tenido por conveniente desertar de la choza de sus padres con ánimo de viajar por Europa, al punto han salido á relucir el canal de Mozambique, Madagascar y el Océano indio. En el dia no se habla de otra cosa. Ayer aun nos interesaba la Abisinia y hoy penetramos mas en Africa, y descubrimos, digámoslo así, otro de sus misterios.

La reina Fatouma, cuyo retrato damos, parece pertenecer á las razas primitivas que poblaron el Egipto y la Etiopía. En sus vestidu-



Janet Lange

H. DUFREY & CO.

Fatouma, reina de Mohely.

ras y adornos se notan semejanzas con las que se ven en las estatuas sepultadas en la tierra durante muchos siglos, y halladas en las últimas excavaciones dirigidas por M. Mariotte. Mas aun, mirando atentamente la oreja de Fatouma se observa que tiene muchos agujeros y está adornada de pedrerías puestas al borde, lo que practicaban igualmente en Egipto ciertas princesas de no sé cuál dinastía. Tal es al menos la opinion del sabio etnógrafo de Berlin, Leipsius.

Sea como quiera, la reina Fatouma no viene á Europa como una curiosidad ni como una extranjera: habla correctamente el francés y parece estar familiarizada hace tiempo con los usos franceses. Hay algunas costumbres que la molestan, como v. g. la de estrecharse los pies en el calzado europeo, y hay quien asegura que una vez en sus habitaciones se apresura á quitarse las botas de raso. ¡Cuántas lo hacen sin que se note! Apenas llegó á Egipto Fatouma se quitó la careta que la cubre siempre en Mohely; así es que en el Havre, el domingo último, todo el mundo podía ver sus facciones cuando recorría las galerías de la Exposición.

En cuanto á la significacion verdadera de su viaje, todavía la ignoramos.

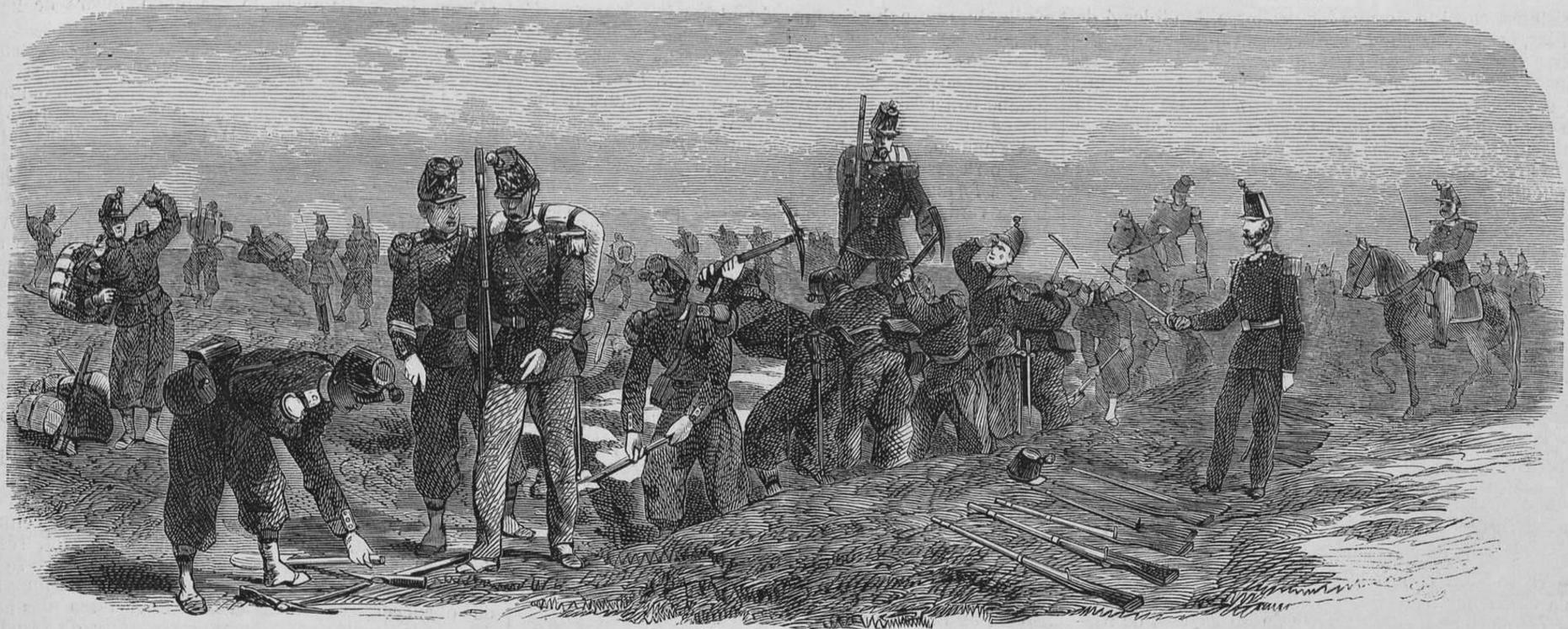
G. B.



Lange

H. DUFREY & CO.

Fatouma, reina de Mohely, y las personas de su comitiva.



CAMPAMENTO DE CHALONS. — Abertura de una trinchera-abrigo.

Nuevas

MANIOBRAS EN EL CAMPAMENTO DE CHALONS.

Este año, como los anteriores, las tropas acantonadas en el campamento de Chalons, han hecho diferentes ejercicios para experimentar las nuevas maniobras y los nuevos procedimientos de táctica que son la consecuencia de la transformación del armamento. Entre estos experimentos hay algunos que creemos interesante señalar á nuestros lectores, como por ejemplo los de un nuevo sistema de defensa, destinado á atenuar los efectos fulminantes del tiro de los nuevos fusiles.

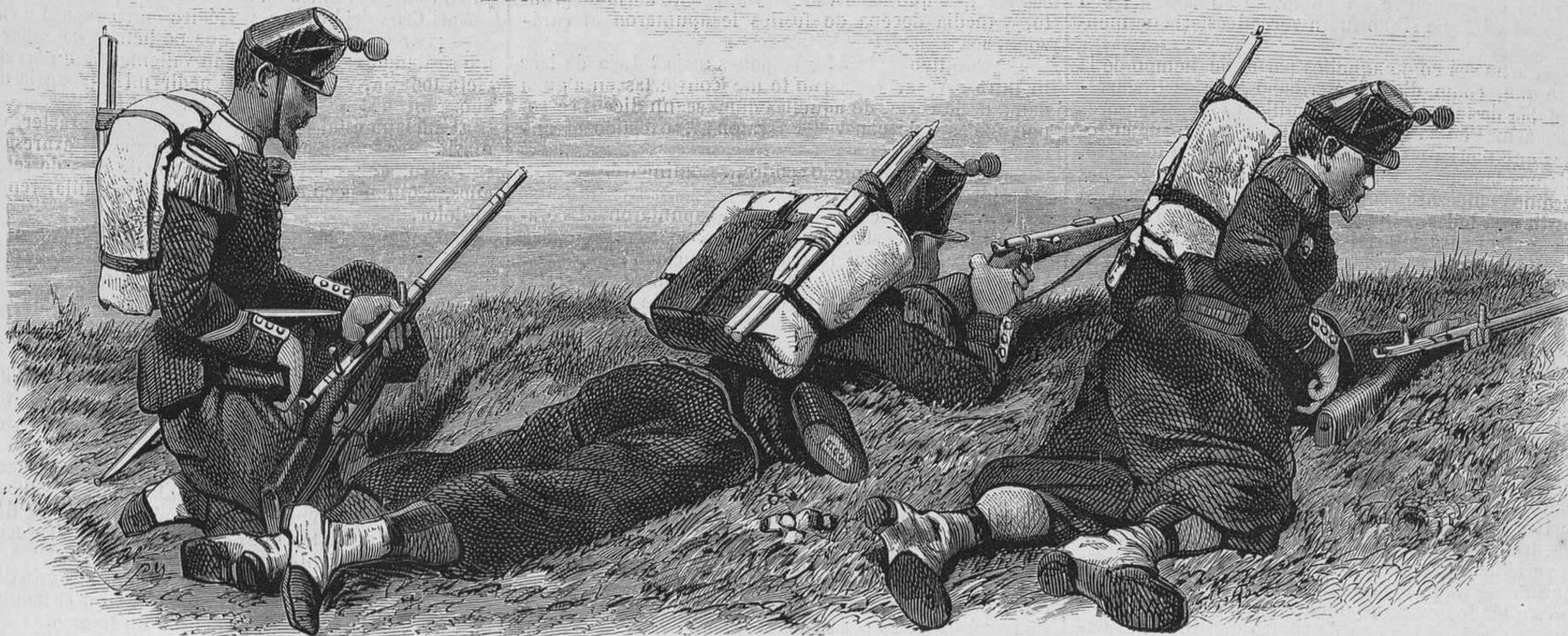
Construir en algunos momentos y sobre el mismo campo de batalla una obra capaz de proteger á un destacamento contra un nutrido fuego de fusilería, tal es en dos palabras



Nuevo arcon de infantería para el transporte de los cartuchos Chassepot

el objeto de la trinchera-abrigo. Bajo la protección de los tiradores, el destacamento se forma en una fila, deja en el suelo mochilas y fusiles, y luego se divide en grupos de tres hombres, el uno con una pala y los otros con un pico cada uno. Los mangos de los picos puestos por los cabos, dan la línea y la anchura de la trinchera. En menos de diez minutos queda abierta á una profundidad de 50 centímetros esta fortificación improvisada; los hombres tienen delante de sí un muro de un metro de altura completamente invulnerable á las balas y difícil de destruir por la artillería.

Tal es la maniobra que representa nuestro primer dibujo. Los otros dos son relativos al Chassepot, que ya poseen todos los cuerpos, y con cuyo manejo está ya completamente familiarizada la tropa francesa. Una de las principales ventajas del nue-



Ejercicios con el fusil Chassepot. — Los tiradores.

vo sistema consiste en que los tiradores, tendidos ó de rodillas, pueden cargar el arma sin levantarse para introducir los cartuchos en el cañon.

En presencia del enorme consumo de municiones que exigirá la precipitación del tiro, preciso ha sido pensar en escogitar los medios de renovar rápidamente el abastecimiento de las tropas durante la batalla. El nuevo arcon que representa nuestro tercer dibujo ha sido hecho con este fin, que satisface plenamente. Arrastrado por dos caballos que enganchan de frente ó en fila, según la naturaleza de los caminos, se compone de un cofre montado sobre dos ruedas, que contiene diez cajones verticales, cada uno con 1,400 cartuchos. Dos hombres pueden trasportar fácilmente cada uno de estos cajones y distribuir su contenido para surtir á las tropas, sea cual fuere la rapidez del tiro. P. P.

Laurac bat.

(Conclusion. — Véase el N^o 811.)

— Ya ve Vd... como en parte de Navarra ya no se habla vascuence...

— Tampoco se habla en parte de Vizcaya ni de Alava. Pero en Navarra, lo mejor que tienen, aun los que hablan en castellano, es nuestra sangre... Y si no fuera por ella... ¿qué valdrian?

Callaron todos, mostrando los hijos en el semblante que estaban conformes con su padre, especialmente en lo último. Santo y filial respeto del vascongado á la raza, digno siempre de veneracion, aun las veces que raye en exagerado; respeto que deberian observar otras provincias, en vez de gozarse neciamente en ofenderle. Singular era, en verdad, lo que por la casa de Arteché acaecia. Hablaban todos de novedades y fiestas por la comarca, y nadie decia la causa de tan extraordinarios sucesos. Razon poderosa debia de estarlo.

Como quiera, bien que los hijos no se atreviesen nunca á ir mas allá de lo que su padre consentia, ó ya que este mostrara desde luego desagrado, ello era que cuando mas se habia atrevido Pachico á hablar de novedades fué aquella tarde, y eso contestando al anciano despues de lo cual, y como este permanecia en silencio, nadie osó por el pronto pronunciar palabra.

En esto, Pachico, viendo que no podia hacer señas á su hermana, como mas de una vez lo intentó en vano, pues su padre no se hallaba en el estado de triste decaimiento en que le habia hallado á la llegada, apoyó la diestra en el tronco de un cerezo, primer árbol que halló cerca, y se puso á mirar breve rato al camino de Guipúzcoa, y montes en derredor.

A poco sacó un periódico que traia cuidadosamente doblado en el bolsillo, y comenzó á leer. El anciano, un tanto distraído por la conversacion de Pachico, iba tornando poco á poco á la anterior tristeza, la cual se trocó en enojo, al ver que su hijo leia periódicos, con lo que no pudo menos de exclamar:

— ¿Tambien piensas tú en meterte á político? ¿No te basta el cuidado de tu hacienda? ¿O piensas hacer lo que les complace á los madrileños, que es ponerse á gobernar la casa ajena, sin saber gobernar la propia? No pudo Pachico menos de sonreirse, pero como su padre no se chanceaba, conoció debia responder al punto.

— No, señor, no se trata de política, sino de noticias.

— Mentiras que inventan los escritores para engañar al prójimo y sacarle el dinero. Eso he oido decir mas de una vez, y de seguro es verdad.

— Tampoco son noticias, sino un verdadero sucedido, de que da parte el capitán general de... Hace ya mas de cuatro meses que se ha publicado en Madrid; con que ya ve Vd., que si no fuera verdad estaria desmentido.

— Mira no sea como aquellos partes de tiempo de la guerra que, como dice el escribano Juan de Bastarache, debia de tener Don Carlos millones de defensores con las armas en la mano, si se hubieran de sumar todos los que moriamos en cada accion. Y con todo eso, seguimos buenos y sanos, hasta que esos guipuzcoanos y vizcainos empezaron con su *paz y sus fueros*... que así se los lleve á todos... Dios me perdone, que ya soy demasiado viejo para jurar. Pero, dime, ¿hay razon para que hombres que son como nosotros, vinieran á cansarse de la guerra tan pronto!... ¡Cobardes!...

— ¡No decia Vd. eso cuando no dejaron inglés en vida en los campos de Urnieta!

— ¡Ya te se conoce que eres hijo de guipuzcoana, y por eso defiendes á esos pícaros contra tu padre! repuso el anciano enojado, sobre todo de ver que no tenia razon valedera para probar que los demás vascongados y los guipuzcoanos, á quienes mas aborrecia, eran cobardes, cosa que solo el *Etchecho-Jauna* de Arteché podia sostener, movido de su ciego enojo contra los que se habian conformado con la paz de Vergara.

Mari-Cruz, temiendo se aumentara el disgusto de su padre, trató por señas de obligar á Pachico á que dejase el periódico, mas no parecia sino que este se habia propuesto contradecir al anciano.

De este modo, y sin responderle, volvió á su periódico, cuya antigüedad era ya de cuatro meses, según hemos dicho, y á leer con mayor interés que nunca. Mas conociendo que aquella manera de desobediencia no

podia durar mucho tiempo, sin atraer la tormenta, vió de conjurarla diciendo:

— Mari-Cruz, seguro estoy, de que si empezaras á leer... desde aquí... desde este párrafo... ¿ves?... y señalaba con el dedo. Seguro estoy de que padre te habia de mandar siguieses leyendo... ¡toma!

Y Pachico, ya fuera temor de enojar al anciano, ó bien otra razon cualquiera, se volvió á marchar en la propia forma, siguiendo el mismo camino por donde habia venido; desapareciendo casi al punto, merced á la espesura de toda clase de árboles que coronaba la falda del cerrillo, y corria á los piés del caserío.

V.

UN HÉROE SIN NOMBRE.

Mari-Cruz no sabia qué hacer, pero al fin, viendo que su padre nada decia, le preguntó si queria que leyera algo por distraerle.

— Haz lo que quieras, respondió el anciano: y si no, mira, lee: ¡á ver qué maravillas nos cuentan esos señores de Madrid, que tan sorbido traen el seso á Pachico!

Mari-Cruz comenzó de esta manera la lectura de lo que solo podia ser novedad para tan apartadas montañas, y sobre todo, para el caserío de Arteché.

« El excelentísimo... »

— ¡Al grano! interrumpió el *Etchecho-Jauna*.

Mari-Cruz seguia pasando la vista, leyendo tal cual palabra, y saltando renglones.

« Servicio eminente... »

— ¡Al grano! decia al punto su padre.

« Lealtad... patriotismo... »

— ¡Al grano!

« Admiracion... historia... »

— ¡Al grano!

« Arrojo sublime... »

— ¡Al grano!

« De los siglos presentes y venideros... »

— ¡Al grano, Mari-Cruz, al grano, y déjate de leer.

— Es cosa que maravilla, dijo con la mayor ingenuidad la jóven, las palabras que amontonan los castellanos para no decir nada.

— Pues mas allá están los andaluces, que para eso son peores todavía.

— ¿De veras?

— Sí, hija, repuso el anciano; dicen que, con saber hablar mucho y á prisa, y sobre todo, decir una ó dos docenas de desvergüenzas á tiempo, se llega en Madrid aunque sea á virey del Perú.

El *Etchecho-Jauna* no podia asegurar quién era á la sazón virey del Perú, pero estaba cierto de que el actual habia llegado á serlo, merced á lo mucho y á prisa que sabia hablar. Si alguien se hubiese atrevido á negar semejante cosa al buen vasco-navarro, no lo habria pasado muy bien.

— Me parece que esto ya va siendo interesante, dijo Mari-Cruz.

— Veamos, respondió el padre.

La jóven leyó:

« ... el batallon se hallaba en C... y acuartelado en el ex-convento de San Francisco. Cuando el comandante... »

Aquí se puso pálida Mari-Cruz, sin acertar apenas á seguir. Mas su padre se hallaba distraído y no advirtió la turbacion de la jóven. Con todo, al cabo la dijo:

— Sigue, sigue. Veamos las maravillas que encantan á tu hermano. ¡Lo que es hasta ahora!...

— Es que voy quitando las palabras que están demás para que Vd. no se canse.

— Haces bien. Adelante.

« Cuando el comandante llegó á la puerta del cuartel la halló cerrada. Llamó, y por toda contestacion le dijeron que no podia entrar; que se retirase. A las voces y golpes que daba á la puerta, esta se abrió de pronto, y media docena de fusiles le apuntaron al corazon... »

— ¿Qué tienes, hija? ¿Te pones mala? Deja de leer mentiras. Vaya, vaya, ¡no te me conviertas en alguna dama de la corte, de aquellas que, según dicen, se ponen malas solo con ver un raton!... exclamó el anciano.

— No tenga Vd. miedo, padre... Continuaré.

La jóven prosiguió:

« ... media docena de fusiles le apuntaron al corazon. El batallon estaba pronunciado. »

— Padre, ¿qué quiere decir pronunciado?

— Oye, Mari-Cruz, tú hablas regularmente en castellano, gracias á tu hermano Pachico, que te lo ha enseñado...

— Y á José María...

— Basta con nombrar á Pachico, respondió con severidad el anciano. Sabes castellano, ¿no es verdad? Pues bien, ingéniate para comprender lo que ahora se habla en Castilla; pues ya sabes que el escribano Bastarache, criado desde muy niño en la corte no lo entiendo. Antes de marcharse del todo, tenian los castellanos un proverbio, según el cual, en su tierra, llamaban á las cosas por su nombre, y no por otro: *al pan, pan; y al vino, vino*. Aquello se acabó según parece. Con todo, si no me engaño, y lo que vayas leyendo nos lo dirá, pronunciado, quiere decir, amotinado, sublevado, rebelde. Pero los castellanos de hoy no gustan de llamar á las cosas por su nombre, sobre todo, si el nombre dice desde luego que la cosa es mala. Recuerdo todavía, que por la Rioja llamaban al cólera: *lo que anda*.

¡Como si con llamarle de ese modo, dejara de hacer daño!

Mari-Cruz, que á duras penas disimulaba el deseo de seguir leyendo, continuó de este modo:

« El batallon estaba pronunciado. El comandante, á pesar de tener ante los ojos á la muerte, no dudó un momento en arrostrarla. Arrojóse á las puntas de las bayonetas, gritando: ¡Viva la Reina! »

— ¿Qué has dicho? preguntó el anciano, pálido de ira.

— Voy leyendo lo que dice esto... respondió la jóven, temerosa ya de que semejante lectura ofendiera y aun pusiese malo al inflexible partidario de Don Carlos.

— Pues acaba.

« ... los soldados, contenidos por aquel grito y por la heroicidad del jefe, permanecian indecisos, mas un paisano que con ellos estaba, disparó su trabuco... »

Mari-Cruz, muerta de angustia, prosiguió:

« Herido el heroico jefe, gritó de nuevo. »

— ¡Valiente era! exclamó el anciano, mostrando ya verdadero interés. Prosigue.

« Al mágico grito, repetido en cien combates, y hoy aclamado por España entera... »

— Sigue... ¡te he dicho!

« Los soldados contestaron, uniéndose á su comandante. El paisano huyó á lo interior del cuartel, seguido de dos ó tres de los mas comprometidos. Poco se habia logrado, pues el resto de la fuerza no daba muestras de obedecer, y además el heroico... tenia dos heridas por las cuales podia desangrarse antes de restablecer la disciplina. Habia allí una escalera de mano, y el comandante... tomándola, entró en el patio, en cuyas ventanas le esperaban los sublevados para hacerle fuego. »

— ¿Cómo se llamaba el comandante? preguntó el anciano.

Mari Cruz, prosiguió como si no hubiese oido á su padre.

« Una voz del corazon decia al bizarro jefe en qué lado debia poner la escalera para entrar por una de las ventanas del piso principal, puesto que por las del bajo era imposible á causa de tener rejas. Apenas habia aplicado la escalera á la pared, una nube de balas cruzó el patio... »

— ¿Cómo se llamaba ese hombre? exclamó el *Etchecho-Jauna*.

Mari-Cruz prosiguió:

« A la mitad de la escalera se detuvo el heroico... jefe, herido de nuevo, mas á poco, habia llegado á la ventana. De nuevo gritó: ¡Viva la Reina! y entonces los soldados que por allí habia, atónitos, y dominados por la serenidad de su jefe, se apartaron, y aun algunos le dieron la mano para ayudarle á entrar. Dos compañías habia en aquella cuadro, poco antes sublevadas, y ahora, sumisas á la voz de su jefe. Siguiendo el ejemplo de este, fueron á las demás cuadros, y forzando las puertas, hallando en unas resistencia y en otras no, obligaron á los mas comprometidos y á los paisanos á huir, quedando á poco, el antes sublevado batallon, de nuevo sometido al deber y á la disciplina. Entonces, y como muestra de lo movibles que son las masas, ocurrió un suceso extraordinario... El denodado jefe... habia, como ya hemos dicho, recibido tres heridas, y como no habia tenido tiempo... »

— No dice el parte, cómo se llamaba el jefe. ¡Par-diez, que era valiente! ¡De seguro ha hecho ese hombre la guerra con nosotros! ¡No sé por qué no ponen el nombre! añadió el buen viejo con el mayor interés.

Mari-Cruz siguió leyendo:

« El batallon se hallaba formado en el patio. Su comandante habia comenzado á arengarle, cuando de pronto, poniéndose pálido, cayó al suelo sin sentido. « Ha muerto, ha muerto; » exclamaban los soldados, y rompiendo las filas, rodearon el cuerpo de su valiente comandante... »

— Pero ese comandante, ¿no tenia nombre? exclamó ya con enojo el anciano.

Mari-Cruz dejó caer el periódico en su regazo y calló.

— ¡Por vida de!... ¡Con que no hemos de saber cómo se llamaba ese hombre tan valiente, á quien si viviera todavia, y me viniese á pedir mi hija, se la daba ahora mismo!

El anciano estaba en pié, su enérgico carácter, conmovido por lo que acababa de oír, daba tal expresion á su rostro, que no parecia el viejo de mas de setenta años, á quien poco antes contemplaba su hija, rendido al dolor.

VI.

EL HÉROE PRESENTE.

Estaba de Dios que Fermin de Arteché no pudiera saber tan pronto como lo deseaba, el nombre del valiente á quien no habria tenido el menor reparo en conceder la mano de su hija.

Oíase á lo lejos, y hácia el camino de Guipúzcoa desusado rumor. Voces y gritos sonaban por aquellas cañadas, hechas á repetirlos, tan solo en dias de fiesta. Y aun así, eran tales, que el *Etchecho-Jauna* no recordaba haber oido semejante vocerío en su vida.

Parecia como si una multitud de personas estuviesen esperando alguna cosa extraordinaria, y en el momento de verla rompiesen á gritar todos á un tiempo.

Las voces fueron al cabo apagándose, y Pachico llegó á casa de su padre, sofocado y poco menos que sin

aliento, como quien acababa de subir la cuesta desde el camino al caserío, en menos de medio minuto.

El anciano y su hija se habían hecho cargo de las voces que á lo lejos acababan de oír, así como del silencio, que á la sazón era mas notable, despues de aquellas. Miraron ambos á Pachico, y los ojos preguntaban lo que los labios no se atrevían á inquirir.

— ¿Qué ha de ser? dijo este con la enérgica franqueza de todo buen navarro; ¡que ahí viene la reina de España!...

Pusieron todos los ojos en el camino, latiendo de tal manera el corazón, que á duras penas podían respirar. En aquel momento se detenía un coche, en donde venían tres señoras, una de las cuales alargó la mano para recibir un cestillo de frutas y flores silvestres que la ofrecía una hermosa montañesa, cuyos parientes y vecinos rodeaban al carruaje.

Irguióse el *Etchecho-Jauna*, y llevando la diestra á la boina se destocó pausadamente. Pachico hizo lo mismo, y el anciano le dijo:

— Todo vascongado es señor y rey de su casa. ¿Qué se diría de un rey si no fuera cortés?

La inmensidad de aquellas montañas absorbe, digámoslo así, de tal manera cuanto pertenece al hombre, que solo se oye la voz de este cuando grita con el agudo acento que suelen usar los hijos de nuestras provincias del Norte.

Nuevos gritos dados por los campesinos que habían salido á recibir á la reina delante de la casa de Arteché, subieron desde el camino hasta los oídos del anciano y de su hija.

— Viejo soy, dijo aquel; quien me haya tenido por incapaz de recibir, como era debido, á una reina... me tenía por capaz de ser traidor á mi sangre, á fuerza de leal á mi causa.

El coche en esto partió, seguido de otros dos ó tres que acababan de llegar, y á poco desaparecieron todos por la primera revuelta, no quedando en el camino sino los honrados montañeses mirando hácia donde los carruajes habían desaparecido, y en lo alto del cerrillo el *Etchecho Juana* de Arteché, destocada todavía la cabeza, y apoyado en su hija.

Ya no doraba el sol sino las cimas de los montes; el anciano miró en derredor, puso los ojos en el camino, desierto al cabo, y tornando á sentarse, exclamó viendo que su hijo no estaba:

— Me parece que Pachico ha bajado al camino... ha hecho bien.

Ya sentado, se volvió cariñosamente á su hija, y con tal expresion de insólita dulzura, que no pudo menos de maravillarla, pues no era Fermin de Arteché hombre de blando carácter, como ya hemos podido conocer; si bien es preciso confesar tenía el corazón generoso y digno de un hijo de Navarra.

Nadie hablaba, ni se oía el mas leve rumor á la puerta del caserío. Mari-Cruz, que no había dejado el periódico, le conservaba aun en la forma en que le había dispuesto para leer, y viendo que su padre no decía nada, ni Pachico volvía, de nuevo se puso á leer para sí.

— ¿Todavía te llama la atención el periódico? dijo el anciano, hasta entonces distraído.

— Menos que á Vd. le llamaba á lo último, respondió, no sin cierta malicia, la joven, tratando como de distraer la atención de su padre, puesta únicamente en lo que acababa de ocurrir.

— Mira, no estoy para atender á lo que lees... pero dime, ¿en qué paró? ¿Qué le pasó al dichoso comandante?... ¡Ah! ¡ya estoy! Me habías hecho perder la paciencia con no querer decir su nombre.

El anciano inclinó la cabeza, volviendo de nuevo á quedarse distraído; viendo lo cual Mari-Cruz, exclamó: — Mi hermano le dirá á Vd. cómo se llamaba el comandante.

Pachico, que en aquel momento llegaba, dijo entonces:

— El señor teniente coronel nos lo dirá.

Detrás del joven venía un militar andando trabajosa y lentamente, apoyado en un bastón. Era el rostro del recién llegado, pálido en extremo, pero varonil y hermoso.

— ¿Me permite el *Etchecho-Jauna* de Arteché entrar en su casa? exclamó:

— ¡El rostro parece otro, pero la voz!... dijo el anciano conmovido: ¡la voz la conozco yo!... ¡Adelante, José María, adelante! ¡Tú eras el valiente jefe cuyo nombre se callaba Mari-Cruz!

VII.

LAURAC BAT.

Poco despues, el buen viejo había cedido parte del asiento de piedra á su sobrino, de manera que ambos se hallaban sentados juntos. Al lado de su padre estaba sentada Mari-Cruz, hermosa como nunca y encendido el rostro con cariñoso rubor. Pachico, en pié y á cierta distancia, miraba con afecto franco y leal, y sin el mas leve asomo de envidia, á su primo.

¡Qué mayor honra para aquellos buenos *eskaldunac* que la alcanzada despues de la última guerra!... Con nombrarla basta para decir á qué punto habían llegado en tierra vasco-navarra los compromisos y enconadas pasiones que toda guerra civil trae consigo.

Cierto que la paz no fué á gusto de todos. Años y años despues han protestado muchos contra el Conve-

nio, mostrándose tan enemigos de sus demás paisanos, como nuestro *Etchecho-Jauna*. Pues aun en medio de la ruina de no pocos intereses y de esperanzas harto fundadas, jamás ha cometido el pueblo vasco de las provincias y de Navarra, un asesinato alevoso.

La guerra por aquellas comarcas pudo en ciertos momentos llegar á ser cruel, mas plegue á Dios no sea por culpa de un pueblo, ninguna guerra civil otra cosa de lo que fué la última guerra civil por culpa de vascos y navarros. ¡Con razón presume de hidalgo el último hijo de aquella tierra!

Fermin de Arteché había recibido á su sobrino José María con breves, pero cordiales palabras, callando á poco, y quedándose ensimismado, cual lo tenía por costumbre. Viéndole de esta manera los jóvenes, hablaron poco entre sí, bien que Mari-Cruz y su primo no necesitaban hablarse, pues entre amantes, los ojos dicen cuanto el corazón padece, ama y espera.

Paseábase Pachico arriba y abajo, y como Fermin de Arteché quedaba entre su hija y su sobrino, estos se veían por encima de la inclinada cabeza del anciano. Se veían despues de tantos años, que semejante felicidad les bastaba.

Cierto que por aquellos montes no se olvida el día de ayer con la facilidad que por Madrid, pero en seis años halla espacio sobrado el corazón amante para llorar y lastimarse de su propia desventura.

No es el tiempo de los menores misterios para el hombre. Corre, vuela en ocasiones, cuando en otras partes apenas se mueve; todo, sin saberse por qué. Sucesos que nos parecen acaecidos ayer, horas despues semejan desmesuradamente lejanos. De esperanzas y recuerdos vivimos; y aun lo presente, ¿qué es sino confusa mezcla de sucesos pasados y de esperanzas que lo porvenir ofrece?

Atento siempre José María á recobrar el afecto de su tío, por mas que semejante cosa le pareciera imposible, esperaba que Dios concediese á su alentado y generoso espíritu ocasion de mostrar cuál era á los ojos de todos. Habíala el joven logrado, y aun así le parecía imposible su ventura. ¡Tan presentes tenía los seis años que había estado padeciendo sin esperanza!

Lo mismo pensaba Mari-Cruz, cuya vida anterior conocemos ya, y de tal suerte la distraían sus propios pensamientos, que no reparaba en la lucha de opuestos afectos, que, de otro modo, habría notado en el rostro del anciano. Pachico, que nada tenía que hacer, se detuvo ante su padre, preguntándole qué tenía. Al punto hizo lo mismo Mari-Cruz, avergonzada de su pasajero y harto y justificado olvido, poniendo todos la atención en el rostro del *Etchecho-Jauna*.

No sin sorpresa había de antes advertido en él la joven notable mudanza; mas al presente mostrábase transformado el rostro del buen anciano. Parecía como que le iluminaba luz sobrenatural, y era su expresion semejante á la de aquellos varones justos, que, al hallarse cercanos á la muerte, diríase que vislumbra la gloria mas allá de las puertas del cielo.

Para los jóvenes habían pasado seis años con mas ó menos rapidez, mas para Fermin de Arteché habían pasado siglos. Hasta aquel día, tuvo siempre por pasajero el vencimiento de su causa, pues su entereza y brio de eskaldunac no se daban tan fácilmente por vencidos. La paz era, para él, mero anuncio de nuevos alzamientos y combates, á los cuales se hallaba tan dispuesto, como el día en que tan áspera y cruelmente había recibido á José María.

Lo que acababa de ver, trastornaba tales pensamientos. Habíale dicho que la reina estaba en las provincias Vascongadas, pero lo sabía, digámoslo así, como en sueños, pues con nadie hablaba de ello, imaginándose que la familia real iría á todas partes rodeada de soldados, y sin hallar por aquellos montes la mejor acogida. Algo en contra le habían indicado sus hijos, pero él se negó siempre á creerlo, y aquellos amaban sobradamente á su padre para contradecirle.

Como quiera, acababa de ver y oír cómo sus paisanos victoreaban á la reina. Lo que Guipúzcoa había hecho, lo estaba haciendo al presente Navarra; y el anciano tenía corazón harto sincero para no confesar la verdad.

En aquel momento Fermin de Arteché, *transigió* también. Creyendo que la reina se casaría con el hijo de Don Carlos, acogió al punto semejante esperanza. Lo que no era sino débil rayo de luz, se trocó á los ojos de nuestro navarro en sol resplandeciente, y ya no dudaba que el casamiento se había de llevar á cabo.

Tantas novedades en brevisimo espacio ocurridas, eran parte para causar mella en personas mas jóvenes que Fermin de Arteché. A su edad no se cambia tan fácilmente de sistema, ni de pensamientos, y aun así, cuando es forzoso hacerlo, suele ser á costa de la vida. Entre tanto, el anciano, sin advertir la sorpresa con que le miraban, exclamó:

— En verdad, me alegro de ver á José María, antes de morir. Os confieso, hijos mio, que, á pesar de mi lealtad á la causa de Don Carlos, de la cual jamás me arrepentiré, no dejaba de remorderme la conciencia por haber ido mas allá, hasta dar en ser injusto... ¡No te muevas, José María! Para quien está como yo, con un pié en la sepultura, la verdad es casi siempre distinta de lo que suele parecer á los hombres... En tus ojos estoy viendo que me perdonas...

— Pero tío... exclamó José María.

— Tú te callas, mientras habla el *Etchecho-Jauna* de Arteché; dijo este, recordando su entereza. ¿Pero querás creer que me remuerde la conciencia por otra cosa, tanto como por haber sido cruel contigo? Pues me remuerde José María, por mi injusticia con los demás

vascongados, mis hermanos, y sobre todo, con los hijos de Guipúzcoa, á quienes... ¡Dios me perdone!... ciego de ira, me he atrevido á llamar falsos y cobardes. Años han pasado y no pocos. Te aseguro, como navarro franco y leal, que las palabras que me dijiste antes de marcharte, el último día en que te ví, las tengo tan presentes, como si acabaras de hablar. Un hombre, ó dos, ó una docena, pueden ser traidores. En cuanto á que lo lleguen á ser un pueblo entero y un ejército, diga el *Etchecho-Jauna* de Arteché lo que quiera... yo no lo puedo creer. No necesito jurarte, que entonces creía yo lo contrario. El hijo de mi padre no ha mentado nunca. Entonces te dije lo que creía... Ahora... no lo creo así. No me pidas mas, que harto te digo.

— ¡En el semblante se le conoce á Vd., respondió José María; que no solo no aborrece Vd. ya á Guipúzcoa... sino que llegó á querer mal á los demás vascongados á fuerza de amarles!...

— Razón tienes. Fermin de Arteché es franco ante todo, y deseaba para sus amigos y hermanos lo que tenía por mejor.

— ¡Bendito sea Dios! exclamó Mari-Cruz.

— ¡Bendito sea! respondió el anciano llevando la diestra á la boina; y ojalá os permita ver lo que yo no he de alcanzar... Tienen las tres provincias Vascongadas por divisa: *Iruac bat* (1). Pues lo que importa es que de comun acuerdo, y con ventaja de todos, se unan con Navarra su hermana, y la divisa diga entonces: *Laurac bat* (2). Si en el peligro han ido siempre juntas, ¿por qué, no han de estarlo en paz?

Cada vez se maravillaban mas los jóvenes de ver y oír al anciano; y este, despues de breves momentos, añadió:

— José María, sin hablar ya de lo pasado, ¿estás conforme con lo que acabo de decir?

— ¿Pues no lo he de estar? respondió al punto el guerrero guipuzcoano.

El *Etchecho-Jauna* de Arteché, con la arrugada y encañecida diestra, tomó la de su hija, y haciendo que José María le imitara, exclamó, mientras los dos jóvenes se abrazaban, llorando sobre el pecho del anciano.

— ¡Bendiga Dios la union de cuantos deben estar unidos! — ¡LAURAC BAT!

FERNANDO FULGOSIO.

Correspondencia de Londres.

Ovacion al general Napier en el palacio de Cristal. — El príncipe abisinio Alamaeo. — Exhibicion pública de objetos pertenecientes á Teodoro. — Relacion de un cautivo de Magdala.

El autor de nuestro dibujo escribe de Londres el 22 de julio, que todo en aquella ciudad se resiente de la llegada del vencedor de la Abisinia. Sir Roberto Napier es el héroe del día. La Cité le ha votado una espada de honor. El Parlamento le ha votado una dotacion anual de 2,000 libras esterlinas, y la reina le ha conferido la dignidad de par con el título de lord Napier de Magdala. Por último, la gratitud popular le ha dado una gran fiesta en el palacio de Cristal, y el pueblo inglés le considera hoy, á justo título, como uno de sus primeros generales.

Sabido es que sir Roberto Napier ha llevado á Inglaterra al joven príncipe abisinio Alamaeo, hijo de Teodoro, que es hoy el personaje á la moda en Inglaterra. Alamaeo (en abisinio, *el mundo, yo le he visto*) tiene un nombre que se podría considerar como predestinado. Ha sido confiado al capitán Speedy, que habla el etiope, que conoció á su madre, y á quien su misma madre recomendó algunos días antes de su muerte. La eleccion no podía ser mas acertada.

Con el retrato de Alamaeo publicamos varios dibujos que representan ropas y objetos que han pertenecido á Teodoro, y con los cuales se ha hecho una exhibicion pública que atrae á Londres muchos visitantes. Sobre esto se cuentan muchas historias. Dicese, por ejemplo, que uno de los mantos reproducidos en nuestros grabados, fué cortado y cosido por uno de los prisioneros de Teodoro, quien le ordenó esta obra con pena de la vida si no la ejecutaba. El prisionero salió con lucimiento en su trabajo, y el terrible Teodoro le perdonó la vida.

Uno de los cautivos de Magdala, el doctor Blanc ha escrito con el título de *LA CORTE DE TEODORO Y SU VIDA DOMÉSTICA*, la interesante relacion que traducimos para terminar este extracto de nuestra correspondencia de Londres. Dice así:

«Teodoro participaba en alto grado de la aversion que hace desdeñar al beduino errante residir en ciudades y en pueblos. Amaba la vida del campamento, se deleitaba en respirar el aura libre y en verse rodeado de sus soldados agrupados en torno de la eminencia ó colina donde hacia levantar su tienda, abandonando por ella el palacio que los portugueses edificaron en Gondor, y complaciéndose en vagar incógnito respirando el aire puro de las frescas y deliciosas noches de su tierra natal.

En el interior de su casa reinaba el mayor orden,

(1) *Las tres son una*, como ya sabe el lector.

(2) *Las cuatro son una*.



LONDRES. — Ovacion al general Napier, en el palacio de Cristal. |

reflejándose en ella el espíritu de disciplina que había introducido en su ejército. Cada una de las dependencias de la servidumbre se hallaba confiada á un jefe, quien respondía directamente al rey de cuanto hacia relación con el servicio de su departamento.

Estos jefes, todos ellos hombres de suposición, eran los superintendentes de los que elaboraban el tej (la bebida fermentada del país), de las mujeres que amasaban el pan, de las doncellas encargadas del surtido del agua, y sugetos de igual clase los «Balderafs» desempeñaban las funciones de caballerizos, el «Azage» las de mayordomo, el «Girowond» ó Ecónomo corria con el tesoro y las provisiones, los «Agafares» hacían el servicio de introductores, los «Likamquas» pueden asimilarse á los gentiles hombres, y el «Aga Negus» ó

Boca del Rey hablaba en su nombre en los actos de ceremonia.

Por extraño que parezca, no podía ocultarse á nadie que Teodoro prefería para su servicio personal á los que habían estado antes al servicio de los europeos. Su ayuda de cámara que jamás se separó del rey y se hallaba á su lado en sus últimos momentos, había sido criado de Baroni, el vice-cónsul de Massovah.

Otro de sus sirvientes llamado Pablo, lo había sido de M. Walker, y por último, Teodoro puso empeño en traer á su servidumbre á los que fueron criados de Plowden, de Bell y de Cameron. Excepto su ayuda de cámara que casi nunca se separaba del rey, los demás criados aunque habitaban en la morada régia, tenían escaso contacto con su señor y principalmente cuidaban de sus armas, de su equipo y caballería.

Teodoro tenía en su servidumbre un gran número de pages, no porque los necesitase, sino para honrar á sus padres empleados en su servicio ó gobernadores de provincias distantes, distinción que le proporcionaba al mismo tiempo tener en sus manos rehenes que le respondiesen de la fidelidad de los ausentes. El servicio interior de la casa real era desempeñado en su mayor parte por mujeres.

Elas amasaban, acarreaban el agua, traían la leña y aseaban las estancias régias, tanto en el campamento como en palacio. La mayoría de estas mujeres eran esclavas de las que Teodoro se había hecho dueño en los años en que con tanto ardor se dedicó á reprimir la trata. Semanalmente un coronel á la cabeza de su regimiento tenía el honor de ocuparse en lavar la ropa sucia de la casa real, operación que ejecutaba en el arroyo mas próximo.

La entrada en el harem no era permitida ni aun á los pages de mas corta edad, y la pena de muerte castigaba al osado que infringía el precepto. El rey tenía á su servicio gran número de eunucos, todos ellos gallas ó antiguos soldados abisinios que habían sido prisioneros de los mahometanos.

Para la reina ó para la favorita del momento, había dispuesta casa ó tienda aparte y cierto número de eunucos destinados á su servicio, los cuales dormían por la noche á la puerta de la tienda de su señora, de cuya virtud eran responsables.

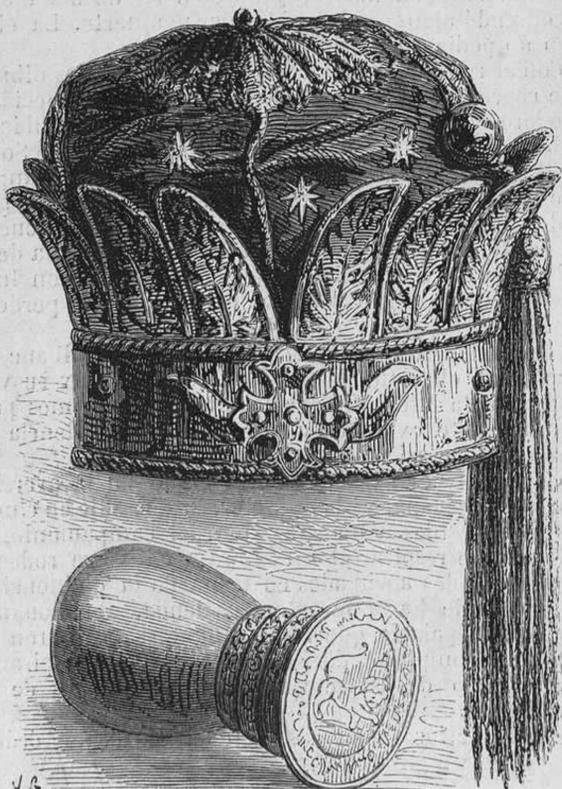
Las mujeres, objeto del capricho de un día ó las relegadas al olvido despues de un mas largo trato, habitaban en comun una misma tienda para quince ó veinte de ellas y un par de eunucos, y unas cuantas criadas componían toda su servidumbre.

Teodoro era mas devoto que religioso y la superstición ejercía grande imperio sobre su ánimo, no obstante

el vigor de su inteligencia y lo superior que era á sus compatriotas. Varios astrólogos le seguían siempre y jamás dejaba de consultarlos, sobre todo al emprender operaciones militares.

Estos arúspices ejercían notable influencia sobre el ánimo de Teodoro, contrariamente á lo que le sucedía con los ministros de la religion, á quienes despreciaba, burlándose de sus doctrinas y poniendo en ridiculo sus tradiciones, no obstante lo cual á todas partes se hacia seguir por una capilla portátil á cuyo servicio era afecto un numeroso clero, y siempre que pasaba delante de una iglesia se detenía y besaba sus umbrales.

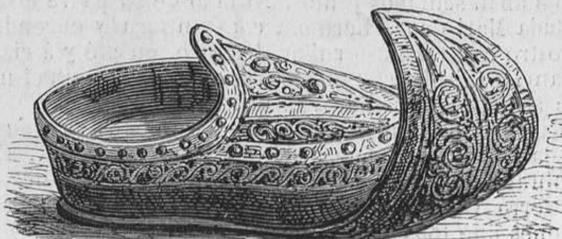
Aunque Teodoro sabía leer y escribir, nunca lo hacia de su puño, pero sí dictaba sus cartas á los varios secretarios afectos á su servicio. Su memoria era prodigi-



Corona sacerdotal y sello de Teodoro.



Corona real de Teodoro.



Babuca de la madre de Alamaeo.

giosa y le permitía contestar, sin volverlas á leer, cartas recibidas meses y aun años antes, aunque versasen sobre asuntos en que hubiese de referirse á prolijos pormenores.

En sus expediciones y marchas, él mismo señalaba un sitio elevado para hacer colocar su tienda. A la derecha de ella se armaba la destinada al culto, y á la izquierda la de la reina ó la de la favorita que estaba en privanza. Contiguo á esta se levantaba la de las ex-favoritas que seguían su campo interin no se presentaba oportunidad de despacharlas á Magdala, donde residían centenares de las descartadas *huris*, hilando y tejiendo para la servidumbre de su señor.

Detrás de dichas tiendas se hallaban las de sus secretarios, de sus pages y criados, y una especial que servía de almacén ó depósito para el reducido ajuar que solía llevar en sus marchas. Cuando se detenía en algún punto hacia construir baracas para sus soldados é improvisaba campamentos siempre defendidos por zanjas y parapetos.

Aunque era valiente, Teodoro no acostumbraba confiar á la casualidad el éxito de sus empresas. De noche hacia rodear su tienda por un fuerte destacamento de mosqueteros (musketeers). Fusiles cargados se colocaban cerca de su cama y bajo su almohada siempre ponía por su propia mano dos pares de pistolas.

Temía mucho al veneno y no tomaba alimento que no hubiese sido preparado ó por la reina ó por la dama favorita, usando además de la precaución de que los que le servían probasen primero de los platos que habia de comer. Lo mismo hacia respecto á la bebida, fuese té, agua ú otro licor.

El copero y los sirvientes presentes bebían en la copa real antes que Teodoro la llevase á sus labios. Sin embargo el día que hizo visita á monsieur Rassam en Gaffor nos dispensó el honor de prescindir de esta parte del ceremonial. En prueba de su confianza en nosotros, aceptó lo que le ofrecimos de beber, y sin permitir que nadie gustase del contenido de su vaso, lo apuró sin vacilar de un solo trago.

Teodoro era celosísimo. Además de las precauciones que antes he dicho tomaba respecto á sus esposas para resguardarlas de las inevitables irreverencias de un campamento, las hacia caminar con una jornada de anticipación, de noche y escoltadas por eunucos y soldados. Solo en los últimos tiempos y obligado por las exigencias de su situación se desprendió de dicha costumbre. Desgraciado del transeunte que encontraba en su camino el convoy regio y que no volvía la espalda para no verlo pasar.

En cierta ocasion un soldado de la escolta se



Retrato del príncipe Alamaeo, hijo de Teodoro.

acercó á la tienda de la reina á favor de la oscuridad y solicitó de una sirviente que le obsequiase con un vaso de *tej*. Obtuvo en efecto, pero fué visto por uno de los eunucos, quien le hizo aprehender y conducir ante el rey. Hallábase este por fortuna de buen humor y preguntó al soldado: « Si le gustaba mucho el *tej*, » á lo que habiendo contestado afirmativamente el reo, Teodoro replicó:

— Que le den dos *wanchas* (medida de la cabida de un vaso de cuerno) para que se alegre, y en seguida cincuenta azotes para que le sirvan de lección para no acercarse á la tienda real.

Evidentemente gran conocedor, Teodoro, de las tendencias del bello sexo abisinio, creía ser necesarias todas las precauciones que tomaba. En uno de sus viajes á Magdala un jefe principal de Amba se le quejó de haber sorprendido en la habitación de su mujer á un chambelan de S. M. Rióse Teodoro de la aventura y se contentó con decir al irritado marido:

— Imbécil que eres, ¿no ves que yo mismo, á pesar de ser rey, vigilo á mi mujer?

Era Teodoro gran madrugador; dormía poco; á veces á las dos de la madrugada, á las cuatro á lo mas tarde, salía de su tienda y daba audiencia á sus súbditos. Los litigantes no abundaban empero últimamente, temerosos de la irritabilidad que se habia apoderado del ánimo del rey.

No por eso dejaba de salir al alba, tomando asiento sobre una piedra y entregándose por largo rato á la meditacion. Nunca fué dado á la gula; un solo plato bastaba para su comida. Pero los días de fiesta solía dar banquetes á sus oficiales y á veces á todo su ejército, entregándose en ellos á excesos ajenos á sus hábitos. La mesa real hallábase colocada en tales ocasiones en sitio mas elevado que las de las destinadas á los convidados.

A nadie era permitido comer al mismo tiempo que el rey, ni del contenido del canasto en que iban los platos para su mesa. Solo á favor de M. Bell se derogó esta regla. Cuando queria honrar á un huésped, le enviaba platos de su canasto ó le permitía sentarse en la plataforma ocupada por la mesa real. El colmo del obsequio consistía en enviar al favorecido el mismo canasto con los restos del repuesto destinado para el rey.

Desgraciadamente para Teodoro hacia años que se habia dado á la bebida. Ocupábase de asuntos desde que se levantaba hasta las tres ó las cuatro de la tarde, y durante dichas horas observaba estricta sobriedad; pero despues de dormir su siesta, rara vez dejaba de embriagarse.

Su vestir era en extremo sencillo. Reducíase á un *shama*, capa ó manto blanco de algodón,

ribeteado de encarnado, calzon á estilo del pais y camisa de lienzo de fábrica extranjera. No usaba calzado ni se cubría la cabeza. Su cabellera, mas larga de lo que se acostumbra en Abisinia, se dividía en tres trenzas que caían sobre sus espaldas. En los últimos tiempos habia descuidado grandemente el aseo y adorno de su pelo, en señal de luto por lo que llamaba la maldad é ingratitud de su pueblo.

Disculpóse, en cierto dia en que nos dió audiencia, de la sencillez de su traje. Nos dijo que en los pocos años de paz que siguieron á sus conquistas acostumbraba mostrarse en público como correspondía hacerlo á un rey, pero que desde que se veía obligado á guerrear constantemente, habia adoptado el traje militar. Mas desde que vió que cada dia menguaba su fortuna volvió á usar ricos trajes y á lucir el terciopelo y el oro, creyendo que así daría á sus partidarios, á quienes no podia ocultar sus desgracias, la idea de que sabría morir como rey.

Interin vivió su primera esposa y todavía durante algún tiempo despues, Teodoro observó ejemplar conducta y prohibió á su servidumbre y oficiales que viviesen en concubinaje.

Una mañana de la primavera de 1860 Teodoro apercibió en la iglesia una hermosa jóven que oraba con fervor ante la imagen de la Virgen Maria. Vivamente impresionado de la belleza y modestia de la doncella, informóse de quién era y supo ser la hija única de Dejatch Oubie, príncipe del Tigré, á quien habia vencido y destronado y retenía entonces en cautiverio. No vaciló en ofrecer á la princesa su mano real, pero excusóse la novia manifestando su deseo de entrar en religion.

Teodoro, que no era hombre de ceder á una primera repulsa, propuso al padre restituirlo á la libertad, aunque conservándolo á su lado en clase de huésped si lograba de la hija que tomase por marido al poderoso rey de Abisinia.



Albornoz de Teodoro.



Manto real de Teodoro.

A fuerza de instancias de su cautivo padre « Woizero Tournish » (literalmente, eres mi hermana), se sacrificó al interés de su familia y consintió en ser mujer de un hombre á quien no amaba. El matrimonio fué desgraciado.

Contra las esperanzas de Teodoro no encontró en su segunda mujer, la viva afección, la especie de idolatría que hacía él haber sentido la primera compañera de su juventud. « Woizero Tournish » era de condicion altiva, miró siempre á su marido como á un « parvenu » y no se ocultó de hacerle sentir que ni le respetaba ni le quería.

Segun su costumbre, Teodoro para descansar de sus tareas del día, se retiraba por la noche á la tienda de la reina, á cuyo lado no encontraba las caricias que iba buscando. Las miradas de la esposa eran frias y respiraban orgullo, llegando su desden hasta dejar de hacer al rey los honores marcados por el ceremonial abisinio. Un día que entró Teodoro en el aposento de su mujer, ni aun se levantó esta, dando por disculpa no haberlo visto y guardó silencio á las palabras del rey.

Tenia « Woizero Tournish » un libro en la mano, é interrogada por su marido por qué no contestaba, respondióle sin levantar los ojos del libro:

— No os he respondido porque me hallaba en conversacion con un hombre mejor y mas grande que vos, con el piadoso rey David.

Después de esto Teodoro envió á la reina á Magdala con su recién nacido hijo Alamaeo (he visto el mundo), y tomó por favorita á una viuda de Gedjow, á Woizero Tamañó, mujer ordinaria pero de parecer muy excitante y madre de cinco hijos, la cual no tardó en adquirir tal imperio sobre el rey, que públicamente decia este haber repudiado á « Tournish » y que Tamañó debería ser considerada por todos como reina. En materia de vicios, al primer mal paso no tardan en seguir otros que conducen á la depravacion.

La « Woizero Tamañó » pronto tuvo rivales, pero probó ser mujer de mucho tacto. Lejos de quejarse cerraba los ojos á los desórdenes de Teodoro y lo recibia siempre con la sonrisa en los labios. Un día que este le manifestaba su sorpresa de que no le mostrase celos, la favorita le contestó:

— Y ¿por qué habia de estar celosa? yo sé que me amais y nada debe importarme que os entretengais en coger flores, á las que dais hermosura con vuestro aliento.

Alamaeo ha sido el único hijo legitimo que ha tenido Teodoro, quien ha dejado varios hijos naturales. El mayor llamado el principe Meshisha tiene veinte y dos años y es un perezoso que nada vale. Hallándonos en Zaga nos lo presentó su padre, dándonos á conocer la triste idea que del mozo tenia.

Otros cinco ó seis hijos habidos de sus numerosas concubinas residian en el harem de Magdala. Se cuidaba el padre muy poco de esta prole, pero siempre que visitaba el Amba enviaba á buscar á Alamaeo y pasaba horas jugando con él. Pocos dias antes de su muerte Teodoro presentó su hijo á M. Rassam, y al hacerlo dijo á aquel:

« — Salud á vuestro padre. »

Y al retirarnos hizo que Alamaeo nos acompañara hasta nuestra morada.

La reina madre jamás se quejó de la conducta de su marido y siempre le permaneció fiel. Pasó todo el tiempo de su reclusion en la lectura de obras piadosas; los salmos y las vidas de los santos eran su entretenimiento favorito y fué constante su devocion á la Virgen. Amaba extremadamente á su hijo, y en cuanto pudo se esmeró en su educacion.

Aunque nunca quiso á Teodoro, en las ocasiones criticas lo sirvió con lealtad.

Cuando Maisha, rey de Shoa, se presentó delante de Magdala y se temieron traiciones, presentó Tournish su hijo á las tropas y les hizo jurar que mantendrian la autoridad del rey. Dos dias antes de morir Teodoro, envió á buscar á la reina que no habia visto hacia años y pasó toda una tarde en su compañía y la de su hijo.

Después del asalto de Magdala « Woizero Tournish » y « Woizero Tamañó » fueron enviadas para su proteccion y custodia á la casa que nos habia servido de prision.

Tocóme á mí recibir las é hice cuanto pude para inspirarles confianza, disipar sus temores y hacerles comprender que bajo el pabellon británico serian tratadas con benevolencia y escrupulosamente respetadas sus personas.

El 18 de abril de 1866, Teodoro nos aprisionó á traicion, bajo el techo de su propia morada, y cabalmente el mismo día, dos años después, su cadáver era depositado en una de las estancias que habiamos ocupado, mientras que en otra su viuda y favorita, encontraban amparo y asilo cerca de nosotros.

Las dos reinas y Alamaeo han seguido á nuestro ejército en su marcha. La Tamañó se despidió de nosotros sumamente agradecida, en cuanto halló ocasion segura para dirigirse á su pais natal, la provincia de Gedjon.

La desgraciada Tournish falleció en Aikeslet. No estaba en el destino de esta interesante mujer el que disfrutase de las dichas humanas. Dentro de pocos dias pisará el suelo de Inglaterra, Alamaeo, hijo de Teodoro y nieto de Oubié; pero aunque expatriado y huérfano, le espera para consolarlo una augusta proteccion. »

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

— No, contestó Antonio; la letra parece que está desfigurada, pero no es de la señorita de Rothsattel.

— Sea quien quiera que haya escrito ese billete, continuó Bernardo con voz cansada, espero que resulte mucho bien de esta noche. Wohlfart, este negocio pesa sobre mi corazon y me ahoga. Su peso me quita la respiracion, y me parece que amenaza una tempestad pronta á estallar. Hoy se arreglará todo, y luego me verá libre.

Hablaba con mucha dificultad. Las palabras salian de sus labios á intervalos.

— Así pues, hasta mañana. Hasta la vista.

Cuando se levantó, oyéronse ligeras pisadas; madama Ehrental y Rosalia se acercaron al lecho del enfermo y saludaron á Antonio.

— ¿Cómo te sientes, Bernardo? preguntó la madre; te quedarás solo con tu padre. Hoy tenemos gran reunion musical y Rosalia debe tocar el piano. Señor Wohlfart, hemos hecho colocar el instrumento en la habitacion del fondo, para que mi hija al estudiar no moleste á Bernardo.

— Permanece pues, un momento á mi lado, madre mia, dijo Bernardo; hace ya mucho tiempo que no te he visto tan bien ataviada. Estás hoy muy elegante; recuerdo que llevabas un traje exactamente igual cuando en mi infancia me vi atacado por la escarlatina. Cuando te veo en sueños, te me apareces siempre con ese vestido amarillo. Dame tu mano, madre mia, y cuando esta noche goces oyendo los deliciosos sonidos de la música, acuérdate de tu hijo Bernardo que se ve privado de este placer.

Su madre se sentó al lado de la cama.

— Todavía tiene calentura, le dijo á Antonio.

Este hizo un gesto afirmativo.

— Mañana iré á tomar el sol, exclamó Bernardo sobrexcitado. ¡ Eso será para mí una fiesta !

— El coche aguarda, dijo Rosalia. Tenemos que salir por la puerta trasera, que está tan sucia, á riesgo de malograr nuestros vestidos. Itzig ha persuadido á papá para que el coche no salga por la entrada principal, porque esto podria incomodar á Bernardo.

— Duerme bien, Bernardo, dijo su madre otra vez dándole nuevamente la mano.

Las señoras salieron del aposento, seguidas por Antonio.

— ¿Cómo encontráis á Bernardo? le preguntó madama Ehrental en la escalera.

— Yo creo que está muy malo, contestó Antonio.

— Ya le he dicho á mi esposo, que cuando el verano esté mas adelantado iré á tomar las aguas con Rosalia, y que entonces nos llevaremos á Bernardo.

Antonio salió de la casa con el corazon oprimido.

El silencio reinaba en la casa; en el aposento de Ehrental no se oia mas que la penosa respiracion del enfermo y debajo de él un raton que roia la madera del entarimado. Bernardo lo escuchaba con febril agitacion.

— ¿Cuánto tiempo estará royendo? Cuando haya abierto un agujero, vendrá á mi lecho á encontrarme.

Sintió su cuerpo espeluzarse de miedo y se movió impacientemente á uno y otro lado en su cama. La oscuridad le molestaba, le faltaba el aliento y estuvo tirando del cordón de la campanilla hasta que una criada entró una luz. Entonces fatigado, miró en derredor de sí. En aquel momento la habitacion tenia á sus ojos un aspecto sombrío y anticuado; le causaba el efecto de una posada sucia, y él mismo se miraba como un forastero que estaba allí de paso.

Dirigió con indiferencia las miradas á su biblioteca y al cajón en que estaban encerrados los preciosos manuscritos. La huella dejada por el fuego en el entarimado, la rendija de la puerta, por la que penetraba por la noche la luz que habia en la habitacion inmediata, todo esto queria perderlo de vista al dia siguiente para salir con Antonio.

Se preguntaba si podrian seguir el camino por donde pasaba ordinariamente la señorita de Rothsattel para ir y volver al castillo. Tal vez volveria á verla. Abridaba la firme esperanza de que la encontraria en el camino. La veia reclinada muellemente en su coche, flotando el velo al rededor de su franca fisonomia y levantando su blanco brazo para hacerle un gracioso saludo.

Sí, le reconoce, sabe que ha prestado á su padre un importante servicio; tal vez mandará detener su carruaje, é inclinándose fuera de él, le preguntará á él, á Bernardo, que está sentado al lado de Antonio, cuál es el estado de su salud.

¡ Tendrá pues el placer de hablar con ella, de oír el dulce sonido de su voz! Luego le saludará todavía otra vez haciendo un ligero movimiento de cabeza y los dos coches se separarán siguiendo una direccion opuesta. ¿ Y á dónde se dirigirá él? Iré derecho al sol, murmuró por lo bajo. Y aplicó luego con nueva inquietud el oido al roimiento de la rata.

Pasos precipitados se oyeron en la antecámara. Bernardo se incorporó, refluendo al rostro toda su sangre.

Creia que era el padre de Leonor que iba á visitarle. La puerta se abrió suavemente: una fisonomia repugnante se asomó furtivamente y miró con timidez en derredor de la habitacion. Sobrecogido de espanto, Bernardo preguntó:

— ¿Qué venís á buscar aquí?

Itzig se acercó apresuradamente á la cama y dijo falto de aliento y con una voz tan ahogada como la del enfermo:

— El baron está en este momento en el escritorio. Me ha encargado que venga á encontraros y á suplicaros que apoyeis la demanda que dirige á vuestro padre.

— ¿El os ha dicho eso? preguntó Bernardo. ¿ Y es posible que el baron haya podido encargar semejante comision á un hombre como vos?

— Callad, contestó Veitel con rudeza; no es ocasion de perder el tiempo inútilmente. Escuchad lo que voy á deciros. El baron ha comprometido su palabra de entregar á vuestro padre una garantía segura que respalda de la cantidad de veinte mil escudos, y no puede dársela porque ha vendido á otro una hipoteca de igual suma. Ha faltado á su palabra, y exige que vuestro padre renuncie á su garantía. Si podeis inducir á M. Ehrental á que sufra una pérdida de veinte mil escudos, hacedlo.

Bernardo temblaba con tal fuerza que daba diente con diente.

— Sois un embustero, dijo gritando. Cada palabra que sale de vuestra boca no significa mas que engaño, hipocresía y artificio.

— Callaos, repitió Itzig, presa de una febril angustia. No es necesario que obligueis á vuestro padre á sufrir tan enorme pérdida. El baron no puede salvarse. Se halla en el mismo estado que una mariposa que se ha quemado las alas á la luz de una bugía, no puede hacer mas que arrastrarse. Y aun cuando Ehrental sea bastante loco para seguir vuestro errado consejo, porque no entendeis nada de negocios, no podrá sin embargo mantener al baron en posesion de sus bienes. Si él no le arroja de su propiedad, otro lo hará. Yo no gano nada en deciros esto, continuó en tono azorado, aplicando el oido para escuchar un rumor que se percibia en lo interior de la casa; yo no lo hago mas que por adhesion á vuestra familia.

Bernardo se ahogaba.

— Salid, gritó al fin. En este mundo todo es fraude, mentira.

— Voy á hacer subir al baron y á Ehrental, dijo Veitel, y se lanzó fuera del aposento.

En el vestíbulo resonaba la voz irritada de Ehrental.

— Yo acudiré al tribunal; yo os denunciaré, poniendo de manifiesto vuestros manejos.

Veitel abrió la puerta de par en par. El baron estaba sentado en un sillón cubriéndose el rostro con las manos, y delante estaba Ehrental temblando de cólera. Encima del bufete estaba la arquita de Rothsattel con los fatales créditos y la hipoteca.

— No perdais tiempo; Ehrental, gritó Veitel al entrar en la habitacion; vuestro hijo está muy malo, está allá arriba solo, y os llama, como tambien al señor baron; quiere veros á los dos al lado de su lecho.

— ¿Qué significa esto? replicó Ehrental; ¿ andais tambien en misterios con mi hijo?

— ¿Le habeis enseñado la nueva hipoteca que habeis encargado para él? preguntó Veitel al baron con mucha volubilidad.

— Ni siquiera ha querido verla, contestó el baron con aire sombrío.

— Dadme, dijo Veitel precipitadamente, y colocó encima de la mesa delante de Ehrental un nuevo escrito.

— Dejadme, dijo este. En lugar de mi buen dinero yo no tendria mas que un papelucho que ni siquiera merece que me tome el trabajo de quemarlo.

— No os detengais, repuso nuevamente Veitel con voz alterada por la ansiedad. No hay nadie arriba al lado de Bernardo, se esfuerza llamándoos á gritos y al señor baron tambien, y se va á reventar. Subid lo mas pronto posible; me ha dicho sollozando que subierais sin tardanza.

— ¡ Justo cielo! dijo suspirando Ehrental cogiendo su sombrero. ¿Qué ocurre de nuevo? Yo no puedo acudir al lado de mi hijo, mientras me atormento á causa de mi dinero.

— Se morirá á puro gritar, repuso Veitel. Tendreis tiempo de sobra para pensar en vuestro dinero. Despachaos.

El baron y Ehrental salieron del escritorio. Itzig los siguió. Ehrental cerró la puerta con llave, puso la barra de hierro y corrió la cadena, y subieron todos juntos. Veitel iba el último. En los escalones se oyó sonar una moneda de oro, Ehrental se volvió.

— Es una moneda que se me ha caído, dijo Veitel.

El baron y Ehrental entraron en el aposento del enfermo. Itzig se deslizó tras de ellos á lo largo de la pared hasta la ventana, que estaba detrás de la cabeza de Bernardo, para que este no pudiera verle. El baron se colocó á la cabecera y el padre al pié de la cama. La lámpara arrojaba una débil claridad sobre las personas que iban á discutir, en presencia de un moribundo, cuestiones de dinero y de hipoteca.

El hidalgo caballero empezó de una manera cortés á recordar las antiguas visitas de Bernardo al castillo, dando á entender que esperaba verle dentro de poco en su posesion; pero sus ojos se fijaron con inquietud en aquel rostro desfigurado, y una voz interior le gritó:

— No hay tiempo que perder.

Bernardo estaba sentado en la cama con la cabeza inclinada sobre el pecho. Levantó la mano interrumpiendo.

piendo el discurso del baron con estas palabras:
— Os ruego, señor baron, que me digais cuál es la pretension que tenéis con mi padre, y acordaos que no soy hombre de negocios.

El baron expuso el estado de cosas de una manera sucinta. Ehrental intentó interrumpirle varias veces; pero habiendo hecho seña Bernardo con la mano, su padre calló de nuevo y se contentó con menear vivamente la cabeza y murmurar.

Cuando el baron acabó de hablar, Bernardo llamó á su padre:

— Acércate mas y escucha tranquilamente mis palabras.

Ehrental acercó mucho el oído á la boca de su hijo.

— Lo que te voy á decir es mi firme voluntad, y ten entendido que no es hoy cuando he adoptado esta resolucion. Al ganar dinero, tu pensamiento era que te sobreviviría y que seria tu heredero. ¿No es esto así?

Ehrental hizo un movimiento de cabeza afirmativo.

— Si me miras como á tu heredero, escucha atentamente mis palabras. Si me amas, harás lo que te digo. Renuncio á mi herencia en vida de los dos. Lo que has atesorado por mí, lo has atesorado en vano. Yo no pido nada para el porvenir. Si debo recobrar la salud, ganaré mi subsistencia á costa de mi trabajo, empezaré á contar con recursos propios: yo no exijo mas que tu cariño y tu bendicion.

Ehrental levantó los brazos y exclamó:

— ¿Qué lenguaje es este, Bernardo? Pobre hijo mio, estás muy malo.

— Escúchame, padre mio, dijo Bernardo con voz suplicante. Renuncia á las pretensiones que puedas tener á la propiedad del baron. Tú has mantenido relaciones con el señor de Rothsattel durante muchos años, has hecho con él algunos negocios, y no puedes desear la ruina de su familia. No te pido que hagas abandono de la suma considerable que le has adelantado, no; eso te causaria mucha pena y humillaria al baron; solo exijo que aceptes la garantía que te ofrece. Si el baron te ha hecho antes de ahora otras promesas, olvidalas, y si tienes en tu poder documentos que le pongan á tu disposicion, devuélveselos.

— Está malo, repuso su padre, muy malo.

— Sé que esto te afligirá, padre mio. Desde que saliste de la casa paterna como un pobre judío, con los piés desnudos y un escudo en el bolsillo, desde entonces, tu único pensamiento ha sido lucrar dinero. Nadie te ha enseñado otra cosa; tu religion te ha excluido de todo comercio con los que saben mejor que tú lo que hace apreciar la existencia. Sé que esto te obliga á arriesgar una fuerte suma; pero sin embargo lo harás, sí, ¡tú lo harás, por mi amor!

Ehrental se torcia las manos y dijo vertiendo un torrente de lágrimas:

— ¡Tú no sabes lo que me pides, hijo mio! ¡Tú quieres despojar á tu padre!

Bernardo cogió la mano de su padre.

— Tú me has querido siempre. Has deseado que fuera un hombre diferente de tí. Siempre me has escuchado con atencion, y no he tenido tiempo de expresar un deseo, cuando ya le habias cumplido. Lo que te pido ahora es lo primero que te he suplicado en mi vida. Este ruego te lo repetiré al oído mientras viva; esta es mi primera súplica y será tambien la última.

— Eres un insensato, gritó su padre fuera de sí; tú me pides mi vida, todo lo que poseo.

— Ve á buscar los papeles, repuso Bernardo. Quiero ver con mis propios ojos cómo devuelves al baron su compromiso, y cómo recibes de su mano lo que pueda entregarte en este momento.

Ehrental sacó el pañuelo del bolsillo y sollozó derramando ardientes lágrimas:

— ¡Está enfermo! ¡Perderé á mi hijo y perderé tambien mi dinero!

Durante esta escena, el baron sentado en su silla tenia la vista fija en el suelo; pero cerca de la ventana, Itzig cerraba convulsivamente los puños y sin apercibirse hizo caer la cortina y la varilla que la sostenia.

Bernardo con la vista fija no perdía ninguno de los movimientos de su padre y dijo finalmente haciendo un esfuerzo supremo:

— Lo quiero, padre mio, ve á buscar los papeles.

Luego volvió á caer encima de las almohadas. El padre quiso precipitarse sobre su hijo, pero Bernardo le rechazó con un gesto de disgusto y le dijo respirando penosamente:

— ¡Tu resistencia me hace daño!

Al oír estas palabras, Ehrental se levantó consternado, cogió una luz y salió vacilando de la habitacion. Reinaba en el aposento del enfermo el mas profundo silencio; no se oía en él mas que la anhelosa respiracion de los que allí estaban.

El baron abrumado por el pesar permanecía sentado, pero en medio de su abatimiento, penetró en su corazon un rayo de esperanza. Veia dibujarse en el cielo un punto luminoso por donde el sol heria las sombrías nubes. Se habia salvado.

Quedaba relevado de su palabra de honor y podia contar con 8,000 escudos que le anticipaba el hombre que estaba escondido en el alfeizar de la ventana.

Ahora podia levantar la vista y erguir de nuevo la cabeza. Cogió de nuevo la mano del enfermo, la estrechó y le dijo en voz baja:

— Os doy gracias, caballero: ¡oh, no sabeis cuán reconocido os quedo! Sois mi salvador, asegurais la tranquilidad de mi familia y evitais que mi nombre se vea deshonrado.

Bernardo retuvo la mano del baron entre las suyas y

una sonrisa de felicidad animó su fisonomía. Entre tanto, cerca de la ventana, Itzig en su mortal incertidumbre rechinaba los dientes y apretaba su cuerpo contra la pared para dominar la fiebre que le consumia.

El silencio duró largo rato en la habitacion. Nadie hablaba y Ehrental no volvía. De pronto se abre estrepitosamente la puerta, un hombre penetra fuera de sí en la habitacion, con el rostro demudado y los cabellos erizados: este era Ehrental. Tenia en la mano una luz vacilante y nada mas.

— ¡Ha desaparecido! gritó juntando las manos y dejando caer la palmatoria. Todo se lo han llevado, todo ha sido robado.

Se precipitó sobre la cama de su hijo y tendió sus brazos hácia el moribundo como si quisiera pedirle socorro.

El baron saltó de su silla, no menos asustado que Ehrental. ¿Qué es lo que han robado? preguntó.

— Todo se lo han llevado, dijo Ehrental no mirando mas que á su hijo, ¡todo, créditos, hipotecas! Me han robado, gritó levantándose. Ha habido robo y fractura. ¡Enviad á buscar á la policia!

Y se precipitó de nuevo hácia el escritorio seguido esta vez por el baron.

Aturdido, casi falto de conocimiento, Bernardo dirigia en torno suyo miradas despavoridas. De pronto, el hombre que habia permanecido en el alfeizar de la ventana se acercó á la cama.

El enfermo inclinó la cabeza á un lado y fijó su vista en Itzig, como el pájaro fatigado fija su mirada en la serpiente que le fascina. Era la cara de Satán la que contemplaba; á Veitel se le erizaron sus rojos cabellos; la maldad y una angustia infernal estaban pintadas en su repugnante fisonomía. Bernardo cerró los ojos y los cubrió con su mano, pero la vision infernal se le acercó, resonando en su oído una voz ronca.

Entre tanto habia en el escritorio dos hombres frente uno de otro que se miraban atontados. La arquilla con todo lo que encerraba habia desaparecido; todo lo que el baron habia dejado sobre el bufete tampoco estaba.

Ehrental habia abierto con sus llaves como ordinariamente, ninguna cerradura habia sido forzada ni roto ningun mueble. Todo en el escritorio estaba intacto y en su sitio. Si en la caja que habia quedado abierta, faltaba algo, no merecia la pena de mencionarse. En los postigos que estaban bien cerrados no se advertia señal alguna de violencia. Era de todo punto incomprendible cómo podian haber sido robados los papeles.

Nuestros dos hombres corrieron al vestibulo; buscaron por todas partes con una luz, detrás de las escaleras, detrás de una arca vieja, á la entrada de la bodega, en el oscuro patio; en ninguna parte descubrieron el menor indicio; hasta la puerta de la casa estaba cerrada con llave. Recordaron que el tenedor de libros por un exceso de prudencia habia cerrado la puerta al salir.

Volvieron nuevamente al escritorio, y registraron todos los rincones con una ansiedad y angustia que crecian por momentos. Despues de todo permanecieron sentados uno enfrente de otro con las mejillas pálidas, desconfiando cada cual de su compañero y observando atentamente para ver si algun movimiento por leve que fuera hacia traicion á la mala conciencia de su enemigo.

Se levantaron abrumándose con los reproches que inspira la desesperacion. Pero en el momento en que enfurecidos iban á llegar á las manos, reconocieron que tanto habian perdido uno como otro, y que debian moderar sus voces para que ninguna persona extraña se enterara de esta acalorada escena.

Los documentos habian desaparecido del escritorio de Ehrental en el momento preciso en que, cediendo á pesar suyo á las instancias de su hijo, iba á reconciliarse con el baron. ¡Dios sabe el esfuerzo que esto le costaba! El solo habia ido á buscar los papeles; ¿se podria creer que estos papeles habian sido robados? ¿Su propio hijo lo creeria?

En cuanto al baron, aquellos documentos lo eran todo para él, y por lo mismo la pérdida era mucho mayor. En el mismo instante en que se creia salvado, habia vuelto á caer en un abismo cuya profundidad no podia concebir.

Los créditos estaban en poder de manos extrañas, y si el ladrón sabia servirse de ellos y aun en el caso de que el robo fuese denunciado á los tribunales, estaba perdido. Si los papeles no volvian á encontrarse, no por eso era menos segura su perdicion. Se pasarian muchos años antes que el tribunal le librara nuevos documentos en reemplazo de los que se habian perdido, y su suerte debia decidirse dentro de algunas semanas.

No se veia pues en estado de arreglarse con Ehrental, cuyos intereses estaban en contraposicion con los suyos, ni de ofrecer garantías á los otros acreedores. Perdido y sin esperanza de rehabilitarse, veia ante sí la miseria, la bancarrota y la deshonra. Su memoria le recordó todavia la sentencia pronunciada en otro tiempo por sus camaradas y por él mismo contra un desgraciado y jóven oficial, antiguo camarada suyo.

Condenado á ver entonces al infortunado que se habia levantado la tapa de los sesos, sabia hoy el aspecto del hombre que muere violentamente, y sabia tambien cómo se llegaba á morir de aquella suerte; en otro tiempo se le habia erizado el cabello al recordar la horrible figura del suicida, ahora no le causaba ningun estremecimiento. Sus labios se movieron imperceptiblemente, y como si estuviera soñando se dirigió á sí mismo estas consoladoras palabras: Este es mi recurso extremo.

Los dos hombres permanecieron así uno enfrente de otro, abismados en crueles reflexiones. Los minutos que trascurrieron angustiosamente, desfigurando sus rostros, les quitaron hasta la conciencia de su desgracia.

La luz alumbraba con mayor fuerza, cuando la puerta se abrió con estrépito. Los dos dirigieron sus miradas á la persona que acababa de hacerles volver en sí. Una ruin cabeza asomó á la puerta, dejando oír un grito salvaje:

— Subid, Ehrental, vuestro hijo se muere.

El mensajero desapareció; Ehrental dando un grito agudo, se lanzó hácia la puerta; el baron, rendido de fatiga, salió de la casa con paso vacilante.

Cuando Ehrental se arrojó delante de la cama de su hijo, una mano blanca se levantó todavia una vez en ademan amenazador. Allí no hubo despues ya mas que un cadáver.

La tarde era calurosa. Un ligero vapor velaba las estrellas, la suave claridad del crepúsculo iluminaba la tierra. Un ligero cefirillo esparcía por las calles de la ciudad los embalsamados perfumes que exhalaban los floridos bosquecillos de los jardines públicos.

Los paseantes al pasar por delante de las casas entraban lentamente en las suyas respectivas: huían á su pesar del tibio aire del medio día para ir á encerrarse dentro de las frías paredes de su habitacion. Los indigentes se recostaban con gusto en el umbral de los palacios, y el jóven que mantenía relaciones amorosas iba en busca de su amada para acompañarla en el paseo.

El fatigado obrero olvidaba la ruda tarea de todo el día, el afligido sentia aliviarse su dolor, y el que durante todo el año vivia solo y aislado, deseaba hoy la compañía de su vecino. Todo el mundo estaba delante de las puertas, conversando y riendo; los niños jugaban en la calle, se perseguían unos á otros y bailaban en las anchas losas de las aceras.

El ruiseñor, encerrado en una jaula, cantaba su mas dulce tonada; sus melodiosos acentos anunciaban la proximidad del verano, de esa estacion feliz en que la existencia se hace ligera y en que se abre el corazon á las mas dulces esperanzas.

Entre las oleadas de paseantes avanzaba con paso tardo y la cabeza inclinada sobre el pecho un hombre de elevada estatura. Sus caballos impacientes daban patadas sobre el enlosado y aguardaban el regreso de su dueño para trasportarle lejos de la baraunda de los obreros á otro barrio aristocrático.

En vano aguardaron hasta la noche, porque su amo los habia olvidado enteramente. No oyó el canto del ruiseñor, atravesó por entre el círculo de las jóvenes que bailaban, sin que el menor sonido de sus alegres voces penetrara en su oído. Tenia la razon oscurecida y recogia penosamente sus recuerdos.

En esta disposicion salió de la ciudad y llegó al medio de los campos. Subió lentamente una colina esmaltada de flores y cayó, rendido de fatiga, sobre un banco; á sus piés corrian las turbulentas aguas del rio que iban á parar al mar, y enfrente de él se elevaba la imponente mole de la antigua catedral. El rio que corria ante sus ojos estaba cubierto de balsas de madera que descendian arrastradas por la corriente. Encima de aquellas almadias se percibian las chozas de los remeros y pequeñas hogueras encendidas, en las cuales los marineros hacian cocer su cena.

A través del silencio, las fuertes risotadas y los groseros gritos de los marineros llegaban hasta él. Las olas, la atrevida silueta de las torres, el velo vaporoso de las nubes, todo lo veia como á través de la niebla; un solo pensamiento venia, como el punto luminoso que se apercibia allá abajo en el rio, á arrojar por momentos una pasajera claridad en su alma entristecida.

El tambien habia negociado en madera que el rio habia arrastrado, y el dinero que esto habia producido, habia quien lo titulaba *producto del crimen*.

Era esta una ganancia tan injustamente adquirida como el dinero que se arrebató poniendo un puñal en el pecho. Se levantó violentamente y bajó de la colina con precipitacion.

Corrió sin objeto ni direccion determinada por un valle de elevados plátanos, luego se detuvo y se apoyó fatigado en el tronco de un árbol. Delante de él se elevaban las chimeneas del barrio al que la actividad industrial de la ciudad habia trasportado sus fábricas, y sus manufacturas se levantaban como gigantescos obeliscos por encima de los techos de las casas.

Sabia bien á su pesar lo que costaba la construccion de aquellas humeantes columnas. El tambien habia sacrificado, para establecer su fábrica, todo lo que habia constituido hasta entonces su poder, su fortuna y su honor.

A costa de insomnios, de canas prematuras y de constantes cuidados, habia llegado en su locura á construir aquel monumento de su vergüenza. Esta columna que habia levantado sobre su posesion era la columna mortuoria de su raza.

Y lo que distinguia desde allí á la incierta claridad de la noche, era un vasto cementerio con muchos sepulcros rodeados de sombras, bajo los cuales reposaban los cuerpos de las almas bienaventuradas. Inclinó su cabeza en señal de asentimiento, y dijo de manera que sus palabras llegaran á su propio oído: ¡Aquí termina todo! Luego se incorporó y se encaminó hácia su casa.

En el camino pensaba con placer en lo que debia li-



Los Pescadores, cuadro de Boucher.

brarle de las horribles imágenes que le asediaban, y en esta disposición de espíritu entró en su casa. Su rostro se reanimó al percibir la luz del farol del vestíbulo. Desde la antecámara oyó hablar á la baronesa, Leonor leía. Escuchó, y se apercibió que leía una novela.

No quería asustar á las mujeres. En lo mas retirado de la casa habia una pieza aislada, y al lado habia un gabinete inhabitado. Allá se disponia á ir cuando de repente se abrió la puerta y la baronesa miró hácia afuera y al verle retrocedió involuntariamente. El se sonrió entrando en el salon. Tendió la mano á su esposa, besó á su hija en la frente, y se inclinó para ver lo que leía. La baronesa le dió quejas por haberse visto obligada á tomar el té sola, y él se chanceó por su impaciencia y por la afición que tenia á su bebida favorita.

Al mismo tiempo decia entre sí que una hora mas ó menos no influia nada para llevar á cabo su pensamiento. Se acercó á la jaula donde dormian dos pajaritos de las colonias, apretados el uno contra el otro, teniendo cada cual la cabeza apoyada en la de su vecino. Introdujo el dedo por entre los alambres como para acariciarlos y dijo maquinalmente: Descansan. Tomando en seguida una bugia de manos de su criado, se dirigió hácia la puerta de su aposento.

(Se continuará.)

Los Pescadores.

CUADRO DE BOUCHER.

Boucher es entre todos los pintores de la escuela francesa el que mas gracia ha sabido dar á los niños. Digalo si no el cuadro de los *Pescadores* que reproducimos en esta página y donde todo es luz y alegría. A la orilla de un riachuelo que va corriendo medio escondido entre los juncos, una porcion de niños se entregan al placer de la pesca. Quizás demuestran una animacion inconciliable con la silenciosa gravedad que la pesca exige, segun afirman los inteligentes; pero es de advertir que estamos en el pais de las quimeras: los pececillos

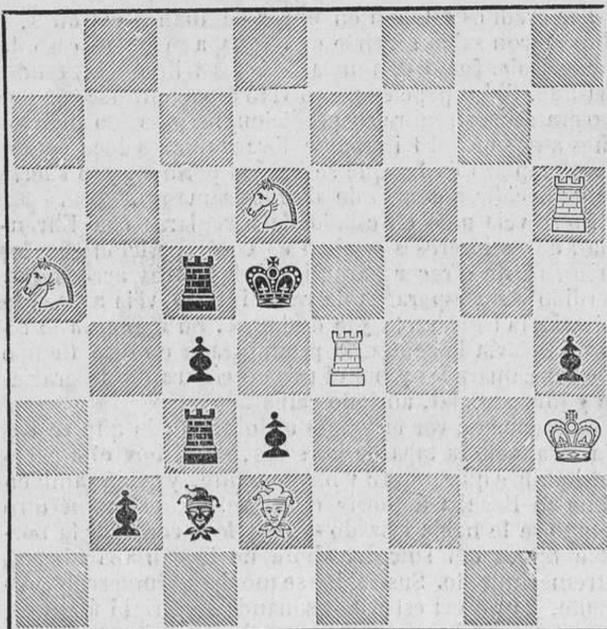
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 267.

- | | |
|----------------------------------|---------------------|
| 1 R ^a c. TR | P 6 ^a Ra |
| 2 P 4 ^a AR | R toma C |
| 3 P 4 ^a C jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 268, POR M. CONRAD BAYER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

llos dóciles tienen la amabilidad de tragarse los anzuelos de los niños inocentes.

Esto de inocentes quizás es mucho decir. Los pescadorcillos de Boucher están desnudos como amores; parecen personajes de una comedia de magia, y seguramente han servido ya en los batallones blancos y rosados con que pobló el artista los techos de los saloncitos á la moda. No cabe duda que saben muchas cosas sobre los usos y costumbres del tiempo de Luis XV, y que serian oídos con gran interés si pudiesen contar todo lo que han visto. Sea como quiera, pescadores atentos al trabajo, ó cupidos reunidos á jugar, lo cierto es que tienen toda la gracia de la infancia, que sus movimientos son flexibles y torneadas sus regordetas formas. Exacto fac-símile de la obra original, nuestro grabado pone en evidencia la suavidad y blandura de las carnes infantiles y su luminoso brillo, pues Boucher era un buen pintor, no obstante las críticas que se han hecho de él, algunas de ellas merecidas. Sin ser pedante sabia dibujar, no aspiraba á lo sublime, encontraba la gracia sin buscarla, y tenia un pincel libre y fácil que expresaba la forma abreviada, pero exacta, y que daba los relieves con un toque de luz artísticamente colocado. Esto no lo hace cualquiera. Boucher no debia la seguridad de su pincel únicamente á las lecciones que habia recibido de Lemoine, sino que habia visto la Italia, y habia estudiado maestros como Luca Giordano y Solimena, que si bien pertenecen por el estilo á una época de decadencia, son excelentes obreros en pintura. A estas cualidades de ejecucion que posee en alto grado, Boucher añade una nueva seducción, que es la gracia.

R. V.

Los Editores-Propietarios responsables

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.